Genki Kawamura

Mi caballo



Traducción de
Yoko Ogihara y
Fernando Cordobés

Alianza *Voces*

«Los demás caballos nos miran y relinchan con todas sus fuerzas como si confirmasen mis sentimientos. Animada por ellos, extiendo la mano para agarrarle del cabezal».

Alianza *Voces*

Genki Kawamura

Mi caballo

Traducido del japonés por Yoko Ogihara
y Fernando Cordobés



I

Hay un caballo en mitad de la carretera.

Aprieto los frenos medio oxidados del escúter rojo con todas mis fuerzas. Las ruedas se adhieren al asfalto, tan caliente que parece a punto de fundirse. Apesta a goma quemada.

A un lado de la carretera hay un concesionario de coches de segunda mano donde ondean banderines de anuncio medio descoloridos; al otro, el edificio de un *pachinko* clausurado de donde han retirado incluso los carteles luminosos y, en medio, el cuerpo negro azabache del caballo.

Coches, camiones de gran tonelaje, autobuses y motos que hasta apenas un momento circulaban por ahí se han detenido y no dejan de hacer sonar los cláxones, pero todo ese ruido apenas se antoja una ligera brisa a oídos del caballo y el animal, que me dobla en altura, y mira tranquilamente de un lado a otro.

Sus resplandecientes pupilas negras se fijan en mí. Son de un negro melancólico que transmite una sensación de añoranza. No entiendo la razón, pero se me escapa un suspiro. Una gota de sudor me resbala desde la frente, recorre el cuello moreno y termina por mojar el cuello de la camisa desgastada. El caballo, en mitad de la carretera, no aparta la vista de mí y, para confirmar que no he perdido el juicio, elevo las comisuras de los labios y me digo que estoy bien porque todavía soy capaz de sonreír.

El caballo se acerca dos o tres pasos. El corazón me late cada vez más aprisa, golpea intensamente los tímpanos, pero se superpone el ruido de los cascos del animal al golpear el asfalto y noto su olor, mezcla de leche y hierba seca.

En ese instante levanta la vista al cielo y relincha, como si me avisara de que no es una ilusión. Aparecen entonces cuatro hombres vestidos con las mismas chaquetas de nylon y lo rodean. El caballo

se pone de manos sin dejar de resoplar violentamente. Se balancea a la derecha, luego a la izquierda. Parece un paso de un refinado baile ejecutado con sus poderosas patas musculosas y perfectamente proporcionadas. La agitación del animal cesa tan pronto como los hombres consiguen ponerle la cabezada.

Los hombres con chaquetas de nylon le conducen hacia un camión de transporte parado junto al semáforo situado un poco más adelante, mientras los vehículos empiezan a circular de nuevo. Sube la rampa dócilmente, con una actitud opuesta a la que tenía tan solo un minuto antes y, tan pronto entra en la caja y cierran las puertas, el camión se pone en marcha para girar despacio a la izquierda, en el cruce donde hay un *sarakin*[1] y un *convini*[2] con luminosos color azul claro.

En la caja del camión que se aleja alcanzo a ver algo escrito: «Centro hípico Mugikura». Incapaz de apartar la vista de las letras descoloridas veo al caballo asomar la cabeza por el ventanuco cerca del techo. Una vez más vuelve a dirigir hacia mí sus pupilas negras, como si me absorbiera con ellas: «Te he encontrado».

Tengo la impresión de que me ha hablado, de que es capaz de leer mis pensamientos.

Voy en bicicleta por la calle ancha del recinto de la fábrica bajo un sol abrasador. «La seguridad lo primero. Orden y limpieza». Cuando dejo atrás el cartel donde están escritas en grandes letras rojas las normas más importantes de la compañía, veo una nave enorme con grandes caracteres impresos: «Juntos hacia los mares del mundo». En una esquina de ese recinto del tamaño de un campo de béisbol veo un destello seguido del chirrido del corte de un tubo de acero largo. A mi lado está Miu Unosawa. Es una compañera más joven que pedalea con el ceño fruncido y sin dejar de quejarse: «¡Qué calor! ¡Me voy a tostar!». La misma queja se repite todos los días, pero tanto su cara como los brazos o los muslos que asoman bajo la falda de tubo se ven tan perfectamente blancos que casi resulta extraño. Lleva un chaleco de cuadros y debajo una camisa de manga

corta; parece una chica de instituto con esas facciones de niña. Se ríe de sí misma cuando dice que se parece a una de esas de no sé qué 48[3], pero no demuestra la más mínima consideración hacia mí, que voy vestida igual y que tengo dos décadas más encima.

De pronto, veo una sombra delante de mí y levanto la vista. Una plancha de acero roja de una de las cuadernas del fondo del carguero eclipsa la luz del sol. Se parece al cadáver de una ballena gigante que he visto en la tele no sé cuándo. Las piezas del barco se fabrican en las naves alineadas unas tras otra y las transporta por una grúa de más de cien metros hasta el dique seco donde se ensamblan.

El barco de carga a granel para transporte de minerales encargado por un armador griego está a medio construir. Una vez terminado, la eslora superará los trescientos metros. El jefe del proyecto asegura que tendrá casi el mismo tamaño que el edificio de la estación de Tokio.

Me gradué en la universidad en una licenciatura de dos años, empecé a trabajar en el astillero y ya han pasado veinticinco años desde que me destinaron a la administración de los talleres. Al principio tenía miedo. Es interesante construir cosas tan enormes, pensaba yo. De hecho, me parecía que superaban la escala permitida a los humanos. Me recordaba a las historias del Antiguo Testamento de las que mi madre me hablaba tiempo atrás. Dios se enfadaba con los hombres por su empeño en construir una gran torre que los acercase al cielo, y los castigó confundiéndoles con infinidad de lenguas. Después ya no pudieron comunicarse entre ellos y la construcción de la torre hubo de ser suspendida. A partir de ese momento los humanos se dispersaron por el mundo y empezaron a hablar lenguas diversas. ¿No nos pasaría lo mismo a nosotros en el astillero?

No obstante, después de unos pocos meses aquí, tan pronto se entiende el sistema de construcción naval, se da una cuenta de que, en realidad, no hay tanta diferencia respecto a la construcción de una maqueta de plástico, solo que aquí las piezas son mucho más

grandes. Cuando lo comprendí me sentí muy aliviada porque pensé que así no íbamos a despertar la ira de Dios. Me hubiera gustado hablar de todo esto con alguien del trabajo, pero nadie parece especialmente dispuesto a escucharme.

Tras ocho minutos de trayecto entre bidones desordenados y planchas de acero llenas de agujeros de donde han sacado distintas piezas, atisbo en la distancia otro carguero en construcción en otro de los diques secos. El barco, del tamaño de un edificio de veinte plantas, presenta la quilla y las cuadernas como si lo hubieran cortado en rodajas. Nosotras dos nos bajamos de la bici justo delante del taller de planchas.

Llevamos cuarenta y dos cajas de *bento*[4] repartidas en los transportines de las bicis a ese taller donde planchas de todas las formas y tamaños parecen conformar un puzle.

Nada más atravesar una cortina de vinilo ennegrecido noto un olor agrio y me empieza a sudar la frente. Seguro que aquí dentro hay más de cuarenta grados. Me apresuro porque la comida se puede echar a perder rápido por culpa del calor.

—¡Miu-chan[5]! ¿Qué nos traes hoy de comer?

En cuanto los obreros la ven dejan lo que tienen entre manos para acercarse a ella. Las pesadas suelas de las botas de seguridad chocan con el suelo y hacen un ruido molesto.

—Pues… *Chiken namban*[6] y caballa cocida en salsa de miso.

—Suena bien.

—¿A que sí?

Miu solo lleva dos años en la empresa y ya se tutea con todo el mundo. Extrañamente, no parece una descortesía por su parte.

—¿Tú que prefieres, Miu?

—Pues… ¿Qué prefiero yo…?

Jamás la he escuchado decantarse claramente por algo.

—Y tú, Yuko-san[7], ¿tú que prefieres?

La comisura de mis labios se eleva involuntariamente ante la inesperada pregunta de un hombre con el pelo marrón que está

delante de todos.

—¿Te parece divertido?

No sonrío porque me parezca divertido ni gracioso. Esquivar la mayor parte de las conversaciones con una sonrisa de cortesía se ha convertido en un hábito en algún momento.

—¡Oye! —interviene Miu—, deja en paz a Yuko.

Extiende los brazos como si así levantase una barrera que impidiera el paso a las preguntas.

—En ese caso… Me quedo contigo, Miu —dice el hombre con una voz ronca a causa del alcohol.

Según tengo entendido acaba de tener un hijo el mes pasado, pero su forma de hablar no ha cambiado en absoluto desde los tiempos en los que estaba soltero.

«Yo también, yo también», los hombres bronceados forman una fila y gritan como en un coro.

—No me toméis el pelo.

Miu sonríe mientras se arregla el pelo desordenado por la brisa marina.

«Te lo decimos en serio, muy en serio. ¿Tienes novio?». Las bocas de los hombres se abren y se cierran como la de las carpas cuando se amontonan para pelear por la comida.

—¡Aquí tenéis vuestra comida!

Empiezo a repartir la comida sin apartar la vista de las axilas empapadas de sudor de Miu, que no deja de agitar los brazos.

«Escúchame, Miu, ¿no te desagrada ese acoso al que te someten los hombres?». Se lo preguntó ayer una compañera mientras almorzábamos en la cantina. «Pues la verdad es que no», dijo ella. «Prefiero eso a caerles mal. No pasa nada. Es una especie de comunicación entre nosotros».

No estoy muy de acuerdo con ella, pero sí en que es una chica muy mona. Más allá de la simpatía que se le pueda tener o no, me parece que tiene un don natural para hacerse querer.

—Gracias, señorita Setoguchi.

Escucho una voz baja un tanto difusa y levanto la cara. Mis ojos se cruzan con los de Kenjirō Ushio, uno de los soldadores. Entró en la empresa como carpintero y ahora es jefe de equipo de soldadores. Tiene reputación de ser un trabajador muy cuidadoso. Siempre es el último en dejar lo que tenga entre manos y por eso ocupa el último lugar en la fila donde reparto la comida.

—Realmente hace mucho calor, ¿no le parece?

Le respondo con la misma sonrisa ambigua de siempre, pues parece esperar mi confirmación, y le entrego la última bandeja de comida. Ushio, un hombre fornido, se limpia el sudor de la de la frente donde el pelo ya empieza a ralear y toma de mis manos la caballa cocida en salsa de miso. Parece contento.

—Hoy es día de cierre…

No sé bien cómo responder a ese comentario pues no interpreto si se trata de una pregunta o simplemente es que habla solo. Miu ya se ha montado en la bicicleta y me llama: «¡Yuko, vámonos!». Agacho la cabeza y cuando me doy la vuelta noto cómo la voz de Ushio alcanza mi espalda encorvada.

—Nos vemos entonces en la reunión del sindicato.

De vuelta en el departamento de administración general se me acerca Katsumi Fujii, el jefe de sección, con una botella de agua en la mano para decirme «¡Qué calor hace! Gracias por el esfuerzo». Agacho ligeramente la cabeza y acepto la botella de agua fría. Bajo el chaleco rosa tengo la camisa empapada, completamente pegada a la espalda.

—Yuko-san. ¿Podría ocuparse de ese asunto cuando pueda?

Fujii no pone un pie fuera del edificio principal si no es para almorzar y no se quita la americana ni en pleno verano. Más que jefe de departamento de un astillero, tanto por su aspecto como por su buena forma física, parece un agente comercial de cualquier empresa.

—¿Otra reclamación?

Miu, sentada a mi espalda con la cara pegada al móvil y sin separarse del ventilador que tiene encima de la mesa, se entromete en la conversación. A pesar de estar en horario de trabajo siempre está liada con los mensajes. Sus uñas pintadas de azul pastel parecen deslizarse sobre la pantalla.

—Nos ha llegado una queja de la comunidad de vecinos del edificio que queda justo delante de la estación. Según dicen, nuestros empleados frecuentan una taberna allí y alborotan hasta la medianoche.

Fujii continúa sin prestar atención a Miu, pero es ella quien le contesta en mi lugar y lo hace sin dejar de mirar el teléfono.

—Lo mismo de todos los veranos. Es que el calor les vuelve locos, ¿no crees?

Tiene la costumbre de rebelarse contra Fujii cuando nos carga con los asuntos más engorrosos, aunque tengo la impresión de que últimamente se muestra más descarada.

—Supongo que en cuanto respondamos las cosas se calmarán.

—Y esa gente lo va a interpretar como una victoria.

—No puedo desatender este asunto, así que hágase cargo en el día de hoy.

—No quiero.

—Se lo estoy pidiendo por favor.

Mientras yo guardo silencio la conversación termina por circunscribirse a Miu y Fujii. «Enviar mensaje de disculpas hoy mismo para responder a la queja». En lugar de responderle lo anoto en el cuaderno, y Miu murmura algo sin despegar los ojos del móvil.

—Hace tiempo uno de mi bloque planteó una reclamación parecida. No había niños en el edificio, pero dejó notas en todas las puertas diciendo que le molestaban sus pasos. Fue casi una historia de terror.

Fujii se echa el pelo entrecano hacia atrás con la mano, como si de ese modo cortase la discusión. Después me pone las manos sobre los hombros y murmura ahora él:

—Lo cierto es que esta sección no funcionaría si no fuese por usted.

Me fijo en sus fuertes manos.

Cuando vuelve a su puesto situado al fondo de la sala, Miu empuja su silla para acercarse.

—El jefe de sección tiene la costumbre de tocarnos, ¿verdad?

Le devuelvo una sonrisa amarga con la cual le demuestro que estoy de acuerdo con ella y se pone entonces a echar pestes: «¿Por qué tiene que poner ojitos a sus subordinadas? ¿No tiene ya su propia mujer? Me da asco esa forma suya de hablar tan familiar y cercana, pero lo que más me desagrada es el hecho de que sea crea el no va más. Seguro que vestido de ropa de calle es un hortera».

Miu se lanza con su monólogo y a mí no me queda otra que asentir a pesar de que la cosa se alarga más de lo debido. En cualquier caso, prefiero eso a tener que estar todo el rato preocupada por mi interlocutor. Yo no tengo nada especial qué decir, pero ella sí. Seguramente nos olvidaremos del contenido de la charla unas horas más tarde, pero sí dejará, al menos, la impresión de una comunicación real. En cierto sentido se parece a un intercambio de mensajes de móvil.

Cuando termino de redactar el mensaje de disculpa a la persona que ha planteado la queja suena por megafonía la musiquilla que anuncia el fin de la jornada laboral.

—Hoy tienes reunión en el sindicato, ¿verdad? —me pregunta Miu.

Asiento y meto todas mis cosas en una pequeña mochila antes de levantarme. Le hago un gesto con la mano para despedirme y antes de salir del edificio principal paso por la sección de materiales y diseño. Una vez fuera, veo las grúas en el puerto que parecen estirarse hacia el mar. Iluminadas por el sol de la tarde, forman juntas una silueta como la de un caballo. Me quedo sin aliento. De pronto, vuelvo a acordarme del caballo con el que me he cruzado por la mañana en la carretera. Vuelvo a montarme en la bici y paso

por la zona de fumadores donde se juntan los hombres que han acabado su turno. Avanzo entre los talleres. Se me acerca una especie de vehículo de transporte blindado cargado con planchas de acero. Me aparto como puedo de ese extraño artefacto de treinta y seis ruedas y me dirijo hacia el puerto.

La brisa marina arrastra el olor a hierro de los talleres.

De niña solía despertarme por culpa de un olor parecido a ese. Mientras dormía por la noche notaba algo caliente que bajaba de la nariz a la garganta y al tragar notaba un sabor ferroso. Me sentía mal y me levantaba a toda prisa de la cama para encender la luz fluorescente del cuarto. En la almohada se había formado una mancha completamente roja.

Mi madre me llevó al médico porque sangraba a menudo por la nariz. Fuimos a tres clínicas distintas sin que supieran determinar en ninguna de ellas una causa concreta. Mi madre decía que no comiese chocolate ni cacahuetes, y no me quedó más remedio que privarme del chocolate que tanto me gustaba hasta empezar la escuela secundaria. Hace algunos años supe que sangrar por la nariz y el chocolate no tenían nada que ver, y me quejé a mi madre, pero ella parecía no acordarse de nada y se limitó a preguntar si de verdad me había dicho semejante cosa.

Hasta el puerto hay un trayecto de diez minutos en bici. Recorro la eslora de un portacontenedores en dique seco para una reparación y veo delante de mí en el extremo del puerto una serie de viejas casas prefabricadas.

Aparco la bici y cuando entro en la sala de reuniones del sindicato compruebo que Ushio ya está dentro. Nuestras miradas se cruzan. Es una sala de unos doce tatamis con las paredes de un aglomerado ya medio deshecho. Me sonríe y yo agacho ligeramente la cabeza. A su espalda hay una bandera roja donde está escrito: «Sindicato del Astillero Sakamaki». Allí solos frente a una bandera cuyo tamaño no se corresponde con el tamaño de la sala, incluso me da vergüenza saludarle.

Ushio repasa un artículo en el periódico del sindicato sin dejar de limpiarse el sudor de la frente con la toalla que lleva colgada del cuello. El aire acondicionado está roto y apenas expulsa una corriente tibia. Paso por detrás de él y me fijo en sus manos. El artículo que lee trata sobre un viaje en bicicleta que los miembros del sindicato han hecho hace poco. En la foto que lo ilustra, solo Miu aparece con los dedos con la señal de «peace». Como de costumbre, su piel luce la más blanca de todas.

Ushio y yo nos hacemos cargo de las tareas del sindicato de las que nadie más quiere ocuparse. Hace dos años le nombraron secretario general y desde entonces es el responsable de convocar las reuniones de trabajo, las extralaborales e incluso del contenido del periódico. Me siento a la mesa en diagonal a él, abro el cajón cerrado con llave y saco un cuaderno y una calculadora. Los miércoles y los viernes de cinco a seis y media de la tarde vengo aquí para ocuparme de la contabilidad del sindicato. La cuota mensual de los ochocientos afiliados asciende a dos mil yenes al mes y se ingresan en una cuenta a nombre del sindicato. La política del sindicato es la búsqueda de entendimiento, porque desde que trabajo en la empresa nunca ha llegado a romper ninguna negociación entre patronal y trabajadores. Las cuotas se destinan a sufragar las actividades extralaborales o a cursos de formación para los afiliados, para los gastos corrientes de luz y gas y para la adquisición del material de oficina. Mi trabajo se limita a anotar los asientos contables. Es una tarea sencilla, pero me gusta porque soy capaz de llevarla a cabo yo sola.

—Esta es la factura de la cena de la semana pasada. ¿Podría liquidármela?

Ushio coloca un trozo de papel sobre mi mesa. Es la factura de una taberna donde está escrito a mano: 54 220 yenes.

Enciendo el viejo ordenador de mesa completamente decolorado y abro el programa de contabilidad. Hago doble clic en el libro de caja y busco el último asiento: «comida de reunión, 36 200 yenes», «arreglo de la puerta de la oficina: 13 000 yenes», «donativo para el

funeral del señor Yamamoto: 5000 yenes», «donativo para la familia del difunto: 5000 yenes», «sobres y grapas: 324 yenes». Tecleo debajo: «cena extralaboral: 54 220 yenes». Después me acerco a la caja fuerte detrás de mí, me agacho y giro el dial: cinco a la derecha, nueve a la izquierda, seis a la derecha y, por último, tres a la izquierda. La caja fuerte del sindicato se ha utilizado durante más de cincuenta años. Es muy pesada y tiene el tamaño de una lavadora, pero no puedo decirle a nadie que el número secreto es tan simple como el número de sílabas que componen un simple saludo.

La caja se abre con un ruido. Tras la puerta de hierro se nota un cierto frescor. Saco la bandeja de delante, donde hay unos cuantos billetes y monedas. Más al fondo hay unos veinte fajos de billetes cerrados con una cinta que suman un millón de yenes mezclados con una serie de cupones de compra y vales para libros que no se sabe desde cuándo están allí.

—Lamento no ayudarla con todo este asunto del dinero y tener que dejarlo todo en sus manos —dice Ushio a modo de disculpa.

Sacudo la cabeza para darle a entender que no pasa nada y cuento los billetes y las monedas de la bandeja. Tengo la impresión de que aceptar una labor de la que nadie quiere hacerse cargo me hace sentir más cómoda en el trabajo.

—Este asunto del dinero solo lo entiende usted, señorita Setoguchi.

En lugar de contestarle le hago entrega de la cantidad que le corresponde y cuando lo acepta dice:

—Dígame en qué puedo ayudarla.

Observo un rato las uñas sucias de sus manos según cuenta los billetes y miro hacia el puerto a través de las lamas torcidas de la cortina metálica.

Me gusta ver desde aquí las grúas con sus movimientos lentos y regulares. Durante estos nueve años ha pasado por aquí mucha gente, pero las grúas y yo seguimos en el mismo sitio sin cambios aparentes.

Cuando salgo de la caseta prefabricada me doy cuenta de que el sol ya se ha ocultado en el horizonte del mar y el cielo se ha teñido de un ligero morado.

¿Ya lo han botado? El portacontenedores ha puesto rumbo a altamar. Visto de cerca producía una impresión poderosa, varonil, pero ahora transmite una fragilidad como de barco de hojas de bambú deslizándose por un arroyo.

—¡Qué hambre! ¿No tiene usted hambre?

Contesto con una sonrisa ambigua a la invitación de Ushio, que ha venido conmigo hasta la entrada del edificio principal, y allí pongo en marcha mi escúter.

Circulo veinte minutos por la carretera y cuando vuelvo a mi apartamento rodeado de campos sembrados de cacahuetes y de placas solares, todo está ya oscuro a mi alrededor. Echo un vistazo al buzón medio oxidado, saco la publicidad y subo las escaleras. En mitad del pasillo de la segunda planta hay un triciclo tumbado. Lo dejo delante de la puerta.

Tiro la mochila de nylon en una esquina del dormitorio y enciendo el aire acondicionado. Saco arroz del congelador y una hamburguesa. Lo meto todo en el microondas. Mientras tanto vierto agua caliente en un cuenco para la sopa de miso deshidratada, sirvo en un plato un poco de lechuga y tomates cherris que guardaba en la nevera y lo aliño con una salsa de sésamo.

No tengo televisión desde que se me rompió hace dos años. Me siento a cenar en una mesa pequeña mientras miro el teléfono: un hombre de mediana edad grita algo extraño en plena calle a unas chicas de instituto; dos mujeres se gritan y se tiran de los pelos en un tren; un examen a conciencia del resultado de una operación de cirugía estética; un chico que se bebe toda la soja en un *kaiten sushi* [8] como desafío para llamar la atención; una captura de pantalla de una aplicación de mensajería que confirma un adulterio. Cada uno de los vídeos va acompañado de multitud de comentarios. No aparece el nombre ni la imagen de quienes los comentan, pero claramente hay mucha gente pendiente de todo eso. El tiempo se

me pasa en un suspiro solo con los comentarios que no dejan de llegar en cascada. Con los palillos que sostengo en la mano derecha me llevo un trozo de carne dura a la boca sin soltar el teléfono con la izquierda.

Al otro lado de pared oigo la risa apagada de una niña. La mano con la que sujeto los palillos se detiene entonces.

El padre y la madre hablan de no sé qué y la niña se ríe a carcajadas.

Dejo el móvil para aguzar el oído. A través del fino tabique me llega tan solo un rumor que no llega a formar palabras comprensibles. Al cabo de un rato, cuando se vuelve a instaurar el silencio me tomo el resto de la sopa de miso ya fría.

Me doy una ducha y me aplico en la cara una loción facial y, antes de que cambie la fecha del día, me meto en la cama. Contemplo durante un rato las vetas de la madera descolorida del techo y me tapo con el edredón hasta los hombros. ¿Cuándo se cruzó mi mirada con la del caballo en la carretera? Lo pienso un rato hasta caer en la cuenta de que ha sido por la mañana. Sin embargo, se me antoja un pasado muy lejano, aunque esas pupilas se me han quedado grabadas en la mente. Cierro los ojos poco a poco. En la oscuridad, el perfil de las pupilas negras se funde lentamente.

Fuuu… Oigo un resoplido.

Abro los ojos. ¿Qué ruido ha sido ese? No ha sido el vecino. Llega desde la cocina.

Otra vez el mismo ruido. Es un resoplido.

Hay alguien. Me incorporo en la cama. Un violento relincho brota de unos pulmones y me llega a través del cristal esmerilado. Me levanto muerta de miedo y deslizo la puerta corredera del dormitorio.

Hay un caballo en la penumbra de la cocina.

Es un caballo negro. Está frente a la mesa, sus pupilas brillan con la luz que le alcanza desde el exterior. Me llega un olor mezcla de hierba seca y leche.

El caballo resopla.

Cualquier ruido a mi alrededor desaparece y solo llega a mis oídos el rumor de su aliento.

El caballo gira despacio la cabeza. Sus pupilas negras se fijan en mí. Es una mirada penetrante.

Relincha suavemente.

Me llama. Puedo sentirlo.

Un paso, dos pasos. Me acerco en silencio y extiendo la mano hacia su cuerpo resplandeciente. Aún no he llegado a tocarlo, pero ya puedo sentir su calor. Cinco pasos, seis pasos, siete pasos. El momento en el que le acaricio el cuello recio con las yemas de los dedos me despierto.

Me incorporo en la cama y elevo las comisuras de los labios para confirmar que estoy de vuelta en la realidad. El sol de la mañana inmaculada ilumina mi piel morena.

He dormido desnuda, pero no tengo claro en qué momento me he quitado el pijama.

Una tienda de bricolaje vacía, un supermercado, restaurantes de franquicia de comida japonesa y occidental que se suceden uno tras otro, un concesionario de coches de ocasión, un *pachinko* clausurado. También hoy conduzco mi escúter rojo por la misma carretera completamente seca de ayer. El mismo paisaje de costumbre se sucede en el orden de siempre.

Alcanzo a ver el cruce donde están el *sarakin* y el *convini* del cartel azul claro. Huele ligeramente a mar. Si tomo todo recto por la carretera llego a la costa y allí, a mano derecha, está el astillero.

El semáforo se pone rojo. Me detengo. Echo un vistazo a mano izquierda y veo un camino estrecho entre los arrozales verdes.

Me acuerdo de las pupilas negras del caballo. Noto calor en las yemas de los dedos. Me pitan, miro hacia arriba y veo que el semáforo ha cambiado a verde. Giro el manillar hacia la izquierda y cuando rebaso el cruce aprieto el acelerador. Avanzo entre los arrozales y noto en el viento un olor a animal. Aguzo la vista y veo en la distancia una construcción en madera pintada de blanco. Justo delante está aparcado el camión de transporte de caballos de ayer.

Reconozco las letras impresas en el lateral: «Club ecuestre Mugikura». Me detengo. En la parte de atrás veo una pista para montar y unas cuadras, todo rodeado por una valla. Unos cuantos caballos pastan en la hierba. Miro detrás de la valla sin bajarme del escúter. Entre unos caballos marrones y otros pintos veo al negro.

Sus pupilas brillantes me miran desde el otro lado de la valla.

Se me corta la respiración porque tengo la impresión de que me habla: «Te he encontrado».

Me bajo del escúter para acercarme hasta la valla atraída por la belleza de su cuerpo.

—¿Es la primera vez? —me pregunta un hombre de pelo blanco.

No sé desde cuándo está a mi lado. Tiene la voz ronca. Está moreno y tiene el cuello marcado por profundas arrugas. No es muy alto, pero tiene una espalda ancha y a pesar de llevar bastón transmite la fiereza de un animal carnívoro.

—¿Quieres montar?

¿Yo? ¿Montar a caballo?

Elevo involuntariamente las comisuras de los labios como única respuesta a su repentina propuesta.

No se preocupa por mi sonrisa de cortesía e insiste. Mis ojos siguen el paso elegante del caballo negro mientras pienso una repuesta.

—No se lo recomiendo a los principiantes.

El hombre del bastón se presenta. Se llama Mugikura. Dice ser el dueño del club. El caballo negro acaba de llegar, tiene un carácter fuerte y por eso me recomienda otro, pero al comprobar que no le quito los ojos de encima dice que de acuerdo, probaremos, y me acompaña al edificio principal donde cuelga un cartel, «Club House», sin dejar de arrastrar la pierna. El interior recuerda a una pensión. Está todo pintado en blanco, pero hay desconchones por todas partes. El tejado de zinc de la cuadra está torcido y las vallas que rodean la pista del tamaño del campo de deporte de un colegio están reparadas de cualquier manera por todas partes. El conjunto produce una sensación muy distinta a la elegancia que se suele

asociar a los clubes ecuestres, pero eso me alivia porque me da la impresión de ser un lugar adecuado para mí. Este lugar rodeado de campo donde los caballos se mueven libremente me parece que pertenece a un país extranjero.

Nada más entrar en el Club House Mugikura se sienta en un viejo sofá de cuero y suspira profundamente. Imagino que debe de ser duro para él caminar en esas condiciones, aunque sean solo diez metros. Se me acerca una mujer mayor también de escasa estatura.

—¿Es la primera vez que montas?

Asiento después de vacilar un poco.

—Qué emoción, ¿verdad?

La mujer sonríe con un gesto infantil y, arrastrada por su gesto, las comisuras de mis labios también se elevan con naturalidad.

—Para una principiante la primera clase son doce mil yenes. Como es la primera vez te dejamos gratis el casco, las botas y los pantalones.

Enseguida saca una hoja de inscripción. Me parece algo más mayor que mi madre, pero su postura erguida con la espalda perfectamente recta me hace pensar en un cervatillo. Me siento en el sofá frente a Mugikura y mientras escribo mi nombre oigo a lo lejos un relincho. Levanto la vista y veo en la pista al otro lado de la ventana galopar al caballo negro, a uno marrón y a uno pinto como si compitieran en una carrera. Como si la agitación de los animales me metiera prisa escribo mi número de teléfono, el número de mi pie y mi talla de pantalón.

En el alféizar de la ventana, a espaldas de Mugikura, hay una serie de trofeos y placas conmemorativas colocadas de cualquier manera, todos de aspecto mate por efecto del sol y llenos de polvo. Al fondo de la sala del Club House hay una gran chimenea. En la pared, una foto colgada de un jinete saltando un obstáculo a lomos de un caballo grande y marrón. Miro fijamente la foto, la mujer a mis espaldas murmura:

—Es mi marido. Cuando ganó una competición nacional.

Sorprendida, vuelvo a mirar hacia allí y veo a Mugikura dormido con el bastón agarrado con las dos manos.

—Ahora lo ves así, pero en sus tiempos fue un buen jinete. Podía manejar cualquier clase de caballo por muy recio que fuera y por eso, por forzar tanto, tuvo un grave accidente durante una competición.

La mujer no solo se ocupa de la oficina, sino también de las cuadras. Le entrego la solicitud perfectamente cumplimentada y me sonríe de nuevo como una niña.

—Es un club pequeño, pero me esfuerzo mucho a pesar de que ya soy anciana.

Me pongo el casco y las botas y entro en la pista un poco atemorizada. Me hundo hasta los tobillos en la tierra suelta, y el intenso olor de los animales me envuelve con toda su fuerza. Los caballos marrones y pintos me miran desde lejos. Mugikura me precede y, a pesar de arrastrar la pierna, camina ligero, como si marcase un compás ternario con la ayuda del bastón. Le sigo paso a paso hasta acercarme al caballo negro. Una vez lo alcanza, lo sujeta por la cabezada y me apresuro impaciente por poder montarlo al fin.

—Ten cuidado —me advierte cuando ve que me acerco por detrás.

Nada más decirlo el caballo relincha y lanza una coz. La pezuña me roza la nariz y del susto me caigo de culo sobre la arena embarrada. Las muñecas se me hunden en un lodazal.

Me quedo sin fuerzas, no sé qué hacer, solo puedo prestar atención al movimiento incoherente de las cuatro patas del animal. Expulsa violentamente el aire por las fosas nasales y sacude la cabeza arriba y abajo como si me rechazase.

—No lo asustes —me regaña Mugikura sin levantar la voz.

Su advertencia no solo parece dirigida a mí, también al caballo.

—Un poco de mala suerte y todo habrá terminado para ti. El caballo puede ser un animal implacable.

Mugikura tira de las riendas y trata de calmarlo chasqueando la lengua. Le acaricia el cuello, pero el nerviosismo se le nota en la parte blanca de los ojos. Tiene las pupilas dilatadas, las orejas echadas hacia atrás, como si se negase a relajarse.

—Hoy es imposible. Tanto por ti como por él.

Me señala con el bastón.

—Estás pálida. Vuelve dentro y descansa un poco.

Me sujeto en el bastón que me ofrece y me pongo en pie. Recuerdo con toda claridad el momento en el que la pezuña casi me alcanza de lleno en la nariz. Me tiemblan las rodillas.

—No lo olvides nunca. Los caballos son espejos que reflejan a las personas.

Mugikura mira de nuevo al animal, lo acaricia sin dejar de murmurar en voz baja. Su respiración se calma como por arte de magia y, cuando comprueba que las orejas tumbadas vuelven a su posición, chasquea una vez más, como si le dijera: «Vamos». El caballo camina ahora tranquilo hacia la cuadra de la mano de Mugikura, pero de pronto se detiene como si recordase algo. Vuelve despacio la cabeza y me mira. Parece decirme que lo siente.

Le miro a los ojos y me da lástima tener que separarme de él. Agarro a Mugikura del brazo sin darme cuenta. Otra vez. Le miro a los ojos para que comprenda mi sentimiento.

—Déjalo por hoy —dice él.

Sin embargo, no aparto la mirada. Sus ojos turbios se apartan de mí para dirigirse al caballo. Le acaricia el cuello y vuelve a susurrarle algo. El animal levanta las orejas para escuchar y Mugikura me mira con un gesto que indica que la negociación ha terminado. Asiente como si me dijera: «Inténtalo».

Vuelvo a ponerme el casco manchado de barro y me acerco en diagonal al caballo.

—Acarícíale.

Pongo la mano en su cuello y le acaricio despacio. Tiene el cuerpo caliente, húmedo, tal vez por el alboroto de hace un momento.

—Siente su respiración.

Noto cómo el aire que inhala por el hocico penetra hacia el interior de cuerpo con el ruido de una corriente de aire. Noto el latido de su corazón, muevo la mano de arriba abajo. Las orejas se mueven para sondearme y su mirada vaga de aquí para allá sin cesar.

—Sonreír no vale de nada —me dice Mugikura.

Yo quiero que me acepte, y sin darme cuenta le sonrío.

—Solo los seres humanos respondemos con una sonrisa al humor de nuestro interlocutor.

Yo vivo con esa clase de comportamiento desde hace mucho.

—No le adules.

No sé qué hacer y miro a Mugikura en busca de ayuda.

—Tienes que acompasar tu respiración a la suya. Los dos sois animales.

Le hago caso e inhalo una enorme cantidad de aire para expulsarlo después. El olor del caballo vuelve a mezclarse con el de la hierba.

Sus latidos se calman, se ajustan a los míos. Poco a poco se desvanecen los sonidos a mi alrededor y apenas escucho nuestro pulso acompasado.

Me mira.

Me veo a mí misma en mitad de unas pupilas negras transparentes.

Llevo la mano a su hocico húmedo y cuando nota el tacto saca una lengua rosa y me lame.

El calor de su lengua en las yemas de los dedos se transmite al corazón, noto una presión en el pecho y no puedo evitar que se me salten las lágrimas.

En ese preciso instante comprendo que me ha perdonado. En lugar de darle las gracias le acaricio la frente entre los ojos y agacha la cabeza como si me apremiase a montarle.

Sujeto las riendas. «¿Estás segura?». Coloco el pie izquierdo sobre el estribo y relincha suavemente como si me animase a subir.

Mugikura me sujeta por la cintura, pero doy una patada en el suelo con la pierna derecha para rechazar su ayuda y me siento a horcajadas sobre la grupa. De pronto tengo una vista panorámica del horizonte verde de los campos de arroz. Siento cómo sus inmensos pulmones se contraen y se expanden entre mis piernas. Mugikura espera a que me acomode en la silla y dice:

—Empújale un poco con la pantorrilla.

Lo hago y el caballo sale al paso despacio. Noto en la cara interior de los muslos la circulación de su sangre caliente. Mugikura nos sigue de cerca sin dejar de animarle con sus señales. Asiento varias veces para que se calme.

—Empújale un poco más y suelta las riendas.

Hago lo que me dice y el cuello del animal se relaja, se estira hacia delante y aumenta la frecuencia de sus pasos.

Pac, pac, pac, pac.

Los músculos poderosos se tensan cuando se pone en marcha, la grupa se balancea. Recuerdo el momento preciso en el que su pezuña casi ha rozado la punta de mi nariz. Este animal es perfectamente capaz de quitarme la vida cuando quiera. Comprendo que estoy en sus manos y me vuelve el temblor a las rodillas que había logrado calmar hacía un rato.

Recuerdo la escena de mi primer baño en el mar. Mi abuelo vivía en un pueblo de la costa y me llevaba agarrada de la mano. Me sujetaba a sus hombros mientras él flotaba en el agua. No dejaba de temblar. Se sumergió despacio y me arrastró con él de la mano. Al sumergirme me invadió una extraña sensación de ligereza y la tensión que me atenazaba desapareció. Abrí los ojos poco a poco y vi un mundo de peces de colores nadando por todas partes: azules, amarillos, turquesas, todos brillaban iluminados por los rayos del sol. Tenía mucho miedo, pero al mismo tiempo era algo hermoso y agradable. Mi cuerpo no parecía mío. Y ahora, montada en el caballo, disfruto como entonces confiándole a él mi vida.

—Abre el brazo en la dirección hacia donde quieres girar —grita Mugikura a mi espalda.

Me doy cuenta de que tengo la valla justo delante.

¿Hacia la izquierda? ¿Hacia la derecha?

Vacilo y miro a ambos lados.

Está bien. A la izquierda.

Tan pronto como me decido el caballo gira a la izquierda. No le he dicho nada ni tampoco he tirado de la rienda. Ha sido él quien se ha movido en esa dirección.

No, en realidad no ha sido así.

Un instante antes de pensarlo yo él ya había girado. La comisura de mis labios se eleva involuntariamente. Este caballo negro puede leer mis pensamientos.

Después de trazar un semicírculo a la izquierda se endereza.

Mugikura no dice nada. Se limita a estar de pie en medio de la pista sin quitarnos la vista de encima. Sacudida por los movimientos, antes de comprender siquiera qué ha sucedido hace un instante, la valla vuelve a estar frente a mí.

Esta vez a la derecha. De nuevo, antes de pensarlo, el caballo ha girado a la derecha.

Increíble. Se me escapa un suspiro de admiración. No ha sido una casualidad como yo creía.

—Bien. ¡No bajes la mirada! Empújale un poco más fuerte con las piernas.

Animada por las palabras de Mugikura, le aprieto la tripa y él resopla para responderme y aprieta el paso.

Pac, poc, pac, poc.

Nuestras respiraciones se sincronizan. Es agradable la vibración que transmiten sus cuatro patas cuando se plantan en el suelo. Los latidos de mi corazón se superponen al sonido de sus pasos para transformarse en un ritmo. Sopla el viento del mar. Sacude su crin negra. Las espigas verdes del arroz a lo lejos también se sacuden con el viento. Un enorme cumulonimbo se hincha como si fuera un ser vivo. Me domina la excitación. Me parece estar corriendo por el cielo.

Pac, poc, pac, poc.

El caballo nota los latidos de mi corazón. Canturreo al ritmo de su paso y mi aliento alcanza su cuerpo: pac, pac, poc, poc, pac, pac, poc, poc.

Me pregunto si esa es mi voz. Yo misma me sorprendo porque hacía tiempo que no la escuchaba, pero me hace reír. Pac, pac, poc, poc, pac, pac, poc, poc. Cuando me oye, el caballo lanza un sonoro relincho, como si quisiera cantar conmigo.

¡Canta, canta conmigo! Resuenan en la pista sus hermosos relinchos como las notas de una trompeta: pa ca, pa, pa ca, pa po co, po, po co, po.

Canturreo al son de sus relinchos y él me responde. Nuestras voces se suceden y se transforman en música. Los pájaros revolotean sobre los campos para hacernos los coros.

Todo ocurre de un modo natural. Él está dentro de mí. Yo estoy dentro de él.

—Está bien por hoy.

La voz de Mugikura me trae de vuelta a la realidad.

—Ponte derecha, tira de las riendas.

Sigo sus indicaciones y se acerca para decirle al caballo «iso, so!».

El animal que se movía hasta hace un momento con toda su potencia se detiene de golpe. De nuevo se me antoja la magia de Mugikura.

Gracias, le transmito con una caricia en el cuello. Su respiración continúa agitada por el movimiento y de su cuerpo brota un sudor blanco. Desprende un olor dulce, agradable, como el de la leche. Me da lástima, pero desmonto. Después de sacar los pies de los estribos noto el tacto suave de la tierra de la pista, una flojera en las rodillas, como si las piernas no me perteneciesen.

El caballo acerca el hocico a mi cuello para decirme que se lo ha pasado bien. Estiro los brazos, envuelvo su hocico con las dos manos, le acaricio.

«¡Qué felicidad! ¿Verdad?». No sé si ha sido su voz o la mía.

—¡Vaya! ¿Es un caballo nuevo?

Entre nosotros interfiere de pronto una voz coqueta.

Me doy la vuelta y veo acercarse a una mujer con una chaqueta de cuadros y una sonrisa en los labios. No sabría decir si es algo mayor que yo. Lleva una camisa con volantes que parece hecha a medida para ajustarse a su cuerpo generoso. Combina bien con su pantalón de montar color beis y con unas resplandecientes botas altas de cuero. En sus orejas se balancean unos pendientes de oro con forma de herradura.

—¡Qué bonito es!

Le cedo el puesto cuando se interpone entre el caballo y yo como si nada.

—Ya veo, lo has pasado bien, ¿verdad? Me alegro por ti.

Le acaricia el cuello y acerca la mejilla en un acto que resulta demasiado familiar. Está muy maquillada y lleva los labios pintados de un rojo juvenil que desentona.

—Hoy no puede montarlo, señora Mikoshiba —le dice Mugikura, y ella le responde con una sonrisa falsa.

—Ya lo sé. Te has esforzado mucho y ahora te toca descansar, ¿verdad?

Me fijo en la mano de la mujer, que no deja de acariciar al animal. En su arrugado dedo anular lleva un anillo engastado con un gran diamante.

—¿Cómo te llamas tú? ¿De dónde has venido?

No hay forma de que pueda responder, pero a ella no parece preocuparle en absoluto.

En lugar del caballo es Mugikura quien contesta.

—Se llama Grande Strada. Es de una famosa yeguada de Hokkaido. Un pura sangre en el que todo el mundo tenía puestas muchas esperanzas por su genealogía. Era muy rápido, pero se lesionaba mucho. Dejó de ganar en las carreras nacionales y tampoco conseguía buenos resultados en las provinciales. Luego ha pasado por unos cuantos clubes ecuestres y ha terminado aquí. Es un animal inteligente, aunque tiene un carácter fuerte. Ayer se nos escapó cuando le traíamos y montó un buen alboroto.

—Ya veo, eres un caballo desbocado.

La mujer trata de acariciarle el hocico como si lo tomara por algo muy mono, pero él sacude la cabeza para evitarla y me mira. Sus pupilas humedecidas me buscan.

Ayer lo vi en mitad de la carretera después de escaparse del camión.

Comprendo la señal del destino. Si no se hubiera escapado hoy no nos habríamos encontrado.

—No imaginaba que supieras montar —me dice Mugikura cuando termino de limpiar las botas bajo el grifo, según me ha enseñado la mujer.

Se ha sentado a descansar en el sofá del Club House y juega a *shogi*. Avanza sobre el tablero la ficha del caballo y dice:

—¿Aprendiste de niña?

Asiento con la cabeza. Suena un ruido y da la vuelta a la ficha del caballo al entrar en territorio enemigo.

—El cuerpo no lo olvida.

Cuando estaba en primaria fui con mi padre algunas veces a montar a caballo. A lo largo de dos o tres años, según recuerdo, pero es cierto, mi cuerpo conserva la memoria de aquello.

Por aquel entonces el negocio de mi padre iba bien y llevábamos una vida desahogada. Los veranos montábamos a caballo y en invierno esquiábamos. Después, mis recuerdos de él empiezan a difuminarse. Desde que ocurrió aquello mi madre y yo nos fuimos a vivir solas.

Debió de ser cuando estaba a punto de graduarme en la escuela secundaria. Un buen día pegaron en el tablón de anuncios del portal del edificio donde vivíamos una hoja de papel escrita a mano. Acusaban a mi padre de adúltero, de mantener una relación clandestina con la madre de una compañera de colegio que vivía en el mismo edificio. Mi padre se enfadó muchísimo cuando vio la nota e incluso llamó a la policía, pero ellos no le hicieron caso y se limitaron a decir que observarían el desarrollo de los

acontecimientos. Las cosas no hicieron más que empeorar a partir de entonces. Al cabo de unos días el papel apareció con una foto pegada de un hombre y una mujer de espaldas entrando en un piso. De hecho, no era la única copia, y pegaron otras muchas en las puertas de todas las viviendas del edificio. Se extendió el rumor entre los vecinos de que los habían visto juntos en un restaurante y entrando a un hotel de citas.

Mi padre no dejaba de repetir que no hiciera ni caso porque se trataba de una simple maldad, una especie de travesura, pero mi madre, con su angustia por el qué dirán, no podía soportar la idea de que los vecinos la tuviesen por una cornuda. Me fijé en la foto del papel y, ciertamente, la espalda parecía la de mi padre. Era una época en la que las cosas no iban bien y su negocio tampoco marchaba como antes. Al final, mis padres decidieron separarse tan pronto terminase la secundaria.

Después me matriculé en un instituto público. Mi madre y yo dejamos el piso para mudarnos a un pequeño apartamento. Pasaron tres meses y, cuando por fin me acostumbraba a mi nueva vida, se presentó Miyoko, la compañera de secundaria cuya madre se suponía era la amante de mi padre. Como la mía acababa de irse a trabajar la invité a entrar. Le ofrecí un té de trigo frío y me senté delante de ella.

—Mentí.

Miyoko, cabizbaja, había guardado silencio hasta ese momento y confesó así sin más. Trató de agarrar el vaso como pudo con sus dedos temblorosos, pero estaba húmedo y se le escurría.

—Eres más guapa que yo y encima tu familia es rica y tus padres se llevan bien.

Cuando al fin pudo atraparlo dio un sorbo y continuó.

—Yo vivo sola con mi madre y ella siempre está liada con el trabajo. Un domingo quería verla y fui al supermercado donde trabaja. Vi cómo el encargado le acariciaba todo el rato la cintura mientras ella colocaba cartones de huevos en una estantería. Es un señor calvo que ha venido a casa algunas veces. A lo mejor ella no

podía hacer nada en ese momento porque era su jefe. Tenía una sonrisa falsa. Yo observaba la situación sin poder hacer nada y fue entonces cuando os vi a vosotros haciendo la compra como si fuera una cosa muy divertida. Elegíais carne para *tsukiyaki*, para *yakiniku* o para *sabu-sabu*[9]. Nosotras siempre comemos las cosas pasadas de fecha que mi madre trae del supermercado.

Miyoko pronunció la última frase como si murmurase y apuró el vaso de té de un trago.

—De vuelta a casa hice una foto a una pareja que podía pasar por ser tu padre y mi madre y escribí la nota. Quería que no pudierais salir de casa por culpa de la vergüenza —dijo entre dientes sin quitarme los ojos de encima.

No dijo nada más.

—¿Por qué? —Yo me había quedado sin palabras—. Aunque hubiéramos sido infelices eso no te habría hecho feliz a ti.

—Yo pensaba que vuestra vida iba bien porque seguro hacíais algo malo y que a nosotras nos iba todo mal porque hacíamos las cosas como debíamos. Mi mentira no deja de ahogarme desde entonces y cada día sufro más —volvió a decir en un susurro.

Era mediodía y del apartamento de al lado llegaban las voces de uno de esos magacines de la televisión. Yo estaba callada. Solo prestaba atención a la música alegre que oía a duras penas. ¿Cómo pudo creer mi madre semejante calumnia? ¿Cómo pudieron hacerlo todas las personas adultas que nos rodeaban? Todos creyeron a pies juntillas a quien escribió aquella ristra de mentiras en un papel cualquiera. Nadie se tomó la molestia siquiera de dudar de la veracidad de aquella acusación. Cuando se marchó Miyoko, en la habitación estrecha se instaló una sensación de vacío.

Mi madre regresó nada más ponerse el sol y enseguida empezó a preparar la cena. Cortaba la col y contaba divertida algo de una amiga nueva de su trabajo. Cuando terminó con su historia dijo en voz baja: «Estoy pensando en divorciarme de tu padre». Tuve la impresión de que esperaba que le llegase a su espalda una respuesta por mi parte.

Ante mi silencio decidió empezar a freír los filetes de cerdo marinados en salsa de soja con jengibre.

—Digamos que ocurrió cuando tenía que ocurrir —dijo como si se escondiese tras el chisporroteo de la carne en la sartén—. Él casi nunca estaba en casa y ya en ese momento no tenía mucho de lo que hablar con él. No tiene sentido seguir en esta situación, ¿no crees?

La carne se doraba poco a poco. Olía a salsa de soja cocinada. Vigilaba el aceite que saltaba de la sartén.

—Además —dijo—, imagino que en este momento ya estará con otra mujer. Por eso digo que ocurrió en el momento justo.

Sirvió la carne de cerdo en salsa de jengibre sobre la col cortada en juliana.

No le dije que aquella acusación escrita en una hoja de papel era una burda mentira porque sabía que quería separarse de mi padre desde hacía tiempo. También sabía que era incapaz de abordar el asunto sin más. No dije nada para facilitarle las cosas.

Seis meses más tarde mis padres se divorciaron. Firmaron un acuerdo de separación de bienes por importe de no sé cuántos millones de yenes. A partir de entonces adquirió la costumbre de repetir que no se podía confiar en los hombres: «Ten cuidado, Yuko. Yo he fracasado, pero tú ándate con ojo». Sin embargo, cuando cumplí treinta y tantos empezó a ponerse muy pesada y a decirme que me casara: «Quiero conocer a mis nietos, verlos lo antes posible», insistía una y otra vez. No veía la contradicción entre su disgusto por los hombres y el hecho de querer nietos. En cualquier caso, cuando atravesé la barrera de los cuarenta, de nuestra conversación despareció el asunto del matrimonio y quizá por haber sido incapaz de satisfacer su esperanza cayó enferma hace dos años. Ahora está ingresada en una residencia y yo vivo sola en un apartamento. Mi situación económica está siempre al límite por el coste de la residencia y por los gastos corrientes de mi vida.

—¿Qué te ha parecido el caballo?

Vuelvo en mí cuando escucho la pregunta de Mugikura. Ante mi silencio abre de nuevo sus labios rojos que tiran a marrón.

—Eres incluso más silenciosa que los caballos.

Como respuesta le devuelvo una sonrisa amarga.

—Estoy seguro de que le gustas.

¿Le gusto? Sujeto con fuerza las botas de montar de cuero artificial.

—Me he dado cuenta nada más veros.

Vuelve a concentrarse en la tabla de *shogi* sin dejar de sonreír. La ficha del caballo puesta del revés se acerca a la del rey.

—Eres la única persona a la que ha permitido acariciarse al hocico.

Me mira mostrando sus dientes de oro. En el interior del Club House resuena su risilla.

—Ven a verlo cuando quieras.

En esta ocasión sonrió con naturalidad. Me marcho de allí después de hacer una reserva para el próximo sábado.

Vuelvo a mi apartamento después de hacer la compra en un *convini* cercano. El móvil vibra. Es un número desconocido. Lo ignoro. Guardo en la nevera el tofu, el *natto*[10] y el yogur. Cuando la bolsa de la compra está vacía recibo el aviso de un mensaje de voz: «Soy Ushio. ¿Se encuentra bien, señorita Setoguchi? Me han dicho que no ha venido a trabajar porque no se encuentra bien. Pensaba llevarle algo, pero me no sé dónde vive. ¡Ja, ja, ja! Son cosas que pasan, así que si no le importa para la siguiente vez…».

Un pitido corta la voz de Ushio y enseguida regresa el silencio.

Todavía noto una flojera en las rodillas, calor en las yemas de los dedos. No tengo ganas de cocinar y me tumbo en el suelo para mirar el teléfono.

«Todo el mundo dice que los *smartphones* no son buenos para los niños, pero yo creo que mejoran la comunicación», escribe un joven en una red social en cuyo perfil asegura tener un negocio propio. «Nunca ha habido otro tiempo en el que los seres humanos

hayamos usado tantas palabras. En mi opinión con el móvil basta, ya no hace falta leer libros».

«Es peligroso pensar de ese modo porque con los móviles las palabras ya no nos pertenecen», replica una psiquiatra. «Los algoritmos que controlan las redes sociales tienen el propósito de suscitar conflictos para atraer la atención de los usuarios. Lo que deberíamos hacer, precisamente, es recuperar las palabras».

«Tiene razón. Otra teoría conspiranoica. Me hacen gracia los comentarios. De todos modos, no hace falta pelearse». Cada uno de los comentarios incluye a su vez otros más. También en este momento queda demostrado fehacientemente que las palabras inventadas para facilitar la comprensión nos hacen imposible el entendimiento. Una parte de mí se lamenta de que haya quienes consideren malos los algoritmos o la inteligencia artificial porque, después de todo, se limita a obedecer dócilmente las órdenes que reciben.

Dejo el móvil y cierro los ojos. Disfruto del silencio. Respiro profundamente.

Vuelvo a escuchar el movimiento rítmico del caballo como si se sincronizase con mi respiración.

Pac, pac, poc, poc, pac, pac, poc, poc.

Canturreo.

Pa ca, pa ca, pa co, po co.

Siento el movimiento de su poderoso dorso.

—¿Yuko? ¿Se encuentra bien?

Alguien me sacude los hombros desde atrás.

—¿Yuko-san?

La voz de Fujii me hace volver en mí. Ring, ring. Suena el teléfono. Atender las llamadas es responsabilidad de las mujeres que trabajamos en el departamento de administración. Sigue sonando. Fujii mira mi expresión atónita.

—¿Se encuentra bien?

Estoy bien. Asiento y el teléfono deja de sonar. Es cierto, esto no es un sueño. Elevo las comisuras de los labios para transmitir que estoy bien y Fujii sonríe más tranquilo. Enseguida mira a un lado.

—Ayer fue un día muy complicado…

Miu, sentada a mi lado, teclea algo en el móvil muy concentrada en lo que hace. Se ha pintado las uñas de rosa y hacen un ruidito hueco al chocar con el cristal.

—Si no está usted no funciona nada. Cuento mucho con usted —me dice.

Tan pronto como se marcha, Miu empuja la silla y se acerca a mí.

—Escucha… La verdad es que ayer fue un día muy difícil —dice en voz baja sin apartar los ojos de Fujii—. Como tú no estabas Fujii vino conmigo a repartir la comida, pero es un verdadero inútil, y encima me obligó a escribir de nuevo la carta para responder esa reclamación que nos han planteado.

Le sonrío amargamente para demostrarle compasión. Me pregunto si se darán cuenta de que sus quejas son idénticas. De nuevo suena el teléfono.

Pa ca, pa ca, po co, po co.

En mis oídos resuenan los pasos del caballo acompasados con los timbrazos del teléfono.

—¿Señorita Setoguchi? ¡Hola…! ¿Señorita Setoguchi?

Ushio está frente a la bandera roja del sindicato del astillero Sakamaki mientras introduce en la trituradora de papel un directorio antiguo de afiliados al sindicato.

—Señorita Setoguchi… ¿Todavía se encuentra mal?

Sacudo la cabeza aturdida y vuelvo a anotar los asientos en el libro de contabilidad: 900 yenes para sellos, 2700 de transporte para asistencia a diversas reuniones… Sin saber exactamente desde cuándo estoy en la caseta prefabricada donde tiene la sede el sindicato.

—Váyase pronto a casa. Si quiere dejar listo el cierre del mes durante el fin de semana yo le ayudaré. No tenga reparo en

decírmelo.

Ushio me habla como si la llamada de anoche no hubiera existido. Sale a fumar. Parece que la puerta vuelve a cerrar mal porque solo encaja después de empujar y tirar unas cuantas veces. Me quedo sola y echo un vistazo entre las lamas de la persiana. Las grúas se mueven despacio por encima del carguero a granel en construcción.

Ha sido una semana extraña, como si me hubieran robado el tiempo.

Pac, pac, poc, poc, pac, pac, poc, poc.

Canturreo sin querer mientras contemplo las grúas que terminan por convertirse en simples siluetas recortadas contra un cielo cada vez más oscuro.

Pa ca, pa ca, po co, po co.

Canturreo en el escúter mientras la luz de la mañana me alcanza la cara.

Anoche casi no pegué ojo. Me siento como si aún no hubiera despertado del sueño a pesar de tener los ojos abiertos.

Una tienda de bricolaje vacía, un supermercado, franquicias de restaurantes de comida japonesa y occidental sucediéndose uno a otro, un concesionario de coches de ocasión, un *pachinko* clausurado.

Pa ca, pa ca, po co, po co.

El canturreo termina por convertirse en canción.

Veo el cruce a lo lejos.

Sin dudarlo giro a la izquierda, donde el *convini* con un letrero de color azul claro. Al avanzar por una carretera recta entre arrozales veo a lo lejos el Club Hípico Mugikura y noto el olor de los animales. Aguzo la mirada para tratar de ver al caballo negro al otro lado de la valla.

Lo encuentro. Corre por la pista con su cuerpo poderoso. Alguien lo monta.

¿Quién será? Extrañada, me bajo del escúter y me acerco a la valla blanca.

—¡Qué bien se le da!

Lo dice como si suspirase una mujer que lleva una chaqueta de botones dorados. Está detrás de la valla, al otro lado de la pista. A su lado, otra mujer con la misma chaqueta dice mientras enfoca el móvil hacia el caballo:

—Realmente es algo fabuloso.

Al otro lado de la cámara Mikoshiba monta al caballo negro.

—Claro, es Mikoshiba.

—Forman una pareja estupenda.

Las dos mujeres se admiran cuando se incorpora ligeramente y el caballo aprieta el paso y relincha. Lo miro fijamente, pero no sé si él me ha visto. Tan solo pasa por delante.

—Lo siento.

Mugikura, con su chaqueta de nylon, se me acerca apoyándose en el bastón.

—Por hoy es suficiente —dice.

La melodía que no dejaba de rondarme se silencia de repente. Tenía la intención de montarlo y lanzo a Mugikura una mirada de reproche.

—Últimamente la señora Mikoshiba viene a montarlo todos los días, pero si no le dejo descansar volverá a lesionarse.

El caballo negro respira fuerte mientras galopa por la pista. Sus relinchos se antojan gritos.

No quiere. Tengo que salvarlo. Lo miro como si implorase, y Mugikura sonríe amargamente.

—Como le sobra de todo… Monta demasiado.

Mikoshiba me ve y sacude la mano con una sonrisa en los labios. Noto una presión en el pecho y la boca se me llena de saliva ácida. Es una acidez que me recuerda a algo. Trato de hacer memoria sin éxito.

Mikoshiba desmonta al fin.

—Gracias, Grande.

Le acaricia el cuello un buen rato antes de pasarle las riendas a Mugikura, que sale de la pista enseguida. Ella y yo cruzamos nuestras miradas. Llevada por un acto reflejo elevo la comisura de los labios, pero ella aparta la vista como si no me hubiera visto y camina en dirección al Club House.

—Habéis congeniado bien. Seguro que le has gustado.

Las dos mujeres la siguen.

—¡Oye!

Mugikura me llama desde la cuadra.

—Ven aquí.

Me hace un gesto con la mano y entro en la cuadra que tiene el tejado medio vencido. Un olor mezcla de caballo y hojas secas me cosquillea la nariz. Cuando me acostumbro a la oscuridad de la cuadra veo al caballo negro en el box del fondo.

Seguro que lo ha forzado demasiado. La tripa se contrae violentamente, respira como si sufriera.

Mugikura saca una manzana de un montón en una caja de cartón.

—Dásela.

La tomo con ambas manos y el caballo se acerca atraído por el color rojo.

«¿Quieres?».

Se la acerco al hocico y estira el cuello.

«Cómela».

Abre la boca y la muerde. Un aroma fresco se extiende por la cuadra. Los demás caballos empiezan a relinchar.

Quiere más. Me muestra los dientes como si buscase la manzana. En ese preciso instante noto un fuerte dolor, el dedo corazón entumecido. Se me pone rojo, se hincha, tengo sus dientes marcados. Los latidos de mi corazón se aceleran y se acompasan con el ruido que hace al masticar. También a mí me gustaría comer una manzana. Es un deseo genuino.

—Es una mujer muy caprichosa.

La voz de Mugikura resuena en la cuadra.

—Este de aquí y ese de ahí son los caballos de la señora Mikoshiba.

Mugikura señala con el bastón los boxes del fondo a izquierda y derecha donde descansan dos caballos, uno castaño y otro pinto.

—Tiene tiempo y también dinero. Conduce un Porsche y se compra la ropa de montar en Hermès. Cuando se trata de caballos no pone límites.

Vuelvo a notar el mismo sabor agrio de hace un rato. Mugikura dirige sus turbias pupilas negras hacia mí en la oscuridad de la cuadra.

—Si lo compra ya no podrás montarlo.

El corazón me late todavía con más fuerza. Tenía asumido que podría montarlo siempre que quisiera. El caballo negro acerca el hocico. Aún jadea. Sus ojos humedecidos me buscan.

—Cuatro millones y medio de yenes, más la mensualidad de la cuadra, otros doscientos mil —dice Mugikura como si hablase solo—. ¿Qué vas a hacer?

El caballo tiembla. Mis dedos también.

—Aunque… No vendemos caballos a cualquiera.

Abrazo la mochila decolorada en un gesto involuntario, como si la escondiese. ¿Soy yo la persona adecuada para él? ¿Le servirá como propietaria a un animal tan noble y resplandeciente una mujer que lleva una camisa con el cuello deformado de tanto usarla, las zapatillas sucias, y que viene aquí en un escúter que parece a punto de desmoronarse? Acerco a su boca el último trozo de manzana que me queda en la mano y salgo de la cuadra como si huyese.

—¿Señorita Setoguchi?

Oigo la voz de la señora Mugikura desde el Club House, pero decido ignorarla y arranco el escúter.

Acelero al máximo por la carretera que discurre entre los campos y giro a la izquierda en el cruce con la nacional cubierta de polvo a causa del intenso tráfico de góndolas cargadas de tierra. Me llega el aroma del mar. Al otro lado de la nube de polvo alcanzo a verlo en la distancia.

Ya en el astillero aparco en la parte reservada a motos y bicicletas cubierta con un tejado oxidado y me apresuro hasta el edificio principal. El aparcamiento suele estar lleno de bicicletas y motos, pero hoy está vacío.

No se ve un alma. Está en silencio. Solo se oye el chirrido de una radial industrial a lo lejos que corta planchas de acero. Se trata de una máquina nueva dotada de inteligencia artificial que también trabaja en los días de descanso. Una persona como yo también es fácilmente sustituible por esa nueva tecnología. Levanto la vista y veo las grúas alineadas junto al agua. En los días de descanso no se mueven, es como si estuvieran muertas.

«Si lo compra ya no podrás montarlo».

Repito mentalmente las palabras de Mugikura y veo la imagen de la señora Mikoshiba al galope. El caballo me mira con sus ojos negros, como si implorase ayuda, mientras la mujer lo maneja con las riendas.

Abro el cajetín de la pared donde se guardan las llaves de las bicicletas de la empresa. Salgo del edificio principal. Cuando estoy a punto de montarme en una de las bicis para ir hasta la caseta prefabricada, me parece escuchar un gemido animal por debajo del chirrido de la máquina cortando las planchas de acero. Me detengo para echar un vistazo a mi alrededor.

Vuelvo a oírlo. Abro la puerta del edificio de administración general para tratar de descubrir el origen del gemido. Camino por el pasillo.

Un portacontenedores, un carguero a granel, un gasero. Avanzo por el largo pasillo decorado con las maquetas de casi un metro de largo de algunos de los buques construidos en el astillero.

El aire acondicionado está apagado. El bochorno es insoportable. Tengo la espalda empapada en sudor. El gemido me llega a intervalos desde la sala de visitas, al fondo del pasillo. Me acerco sin hacer ruido deslizando los pies sobre el suelo de linóleo de color granate.

Giro despacio el pomo de la puerta. Echo un vistazo al interior a través de la puerta entreabierta.

Algo del color de la piel bulle encima del sofá.

Aguzo la mirada, me limpio el sudor que me brota de la frente.

Se trata de un hombre y una mujer medio desnudos. El hombre se mueve y emite un sonido parecido al gemido de un perro. A la mujer se le escapan gritos. Noto cómo se me desordena la respiración, cómo se me acelera el pulso.

La luz que se cuela entre las cortinas ilumina los cuerpos enredados de Fujii y Miu.

Miu, a cuatro patas en el sofá de cuero negro, jadea con la boca abierta mientras Fujii empuja su cintura desde atrás con un ritmo constante.

Pac, pac, poc, poc, pac, pac, poc, poc.

Cuando quiero darme cuenta estoy canturreando como si siguiese el ritmo. Busco el móvil en el bolsillo con la mano temblorosa y cuando lo consigo atrapar, a duras penas logro encender la cámara y dirigir la lente hacia las pieles que entreveo por la puerta entreabierta. Pulso el botón rojo. Suena un clic que anuncia que está grabando. Contengo la respiración para que no me descubran, pero cualquier ruido que pueda hacer queda eclipsado por los gemidos de Miu.

Miro fijamente en la pantalla a esos dos animales que enredan sus cuerpos. La espalda de Fujii está empapada en sudor. No deja de empujar con la cintura. Las piernas blancas de Miu ondulan.

Pa ca, pa ca, po co, po co.

Abro los ojos como platos. Me invade la misma sensación que he notado al tocar el caballo, el movimiento de sus músculos poderosos, su olor dulzón. Sus relinchos resuenan en mis oídos y se superponen a los jadeos de Miu.

Abro la puerta de golpe, entro en la sala. Miu y Fujii se caen al suelo del susto cuando me ven con el móvil en la mano y tratan de huir arrastrándose como pueden. «¡Déjalo ya!». La voz chillona de Miu resuena por toda la sala. «No, no te confundas». Ahora oigo la

voz temblorosa de Fujii. Dirijo la cámara hacia los cuerpos desnudos que huyen. Me río de su aspecto ridículo. El volumen del ruido molesto del corte de las planchas de acero aumenta. No dejo de reír. Son los relinchos del caballo los que se superponen ahora a mis risas.

De pronto, Miu lanza un grito y me hace volver en mí. Fujii la empuja con todas sus fuerzas mientras ella arquea el cuerpo hacia arriba en pleno orgasmo. Su respiración jadeante incrementa todavía más el ambiente tórrido de la sala.

La mano derecha con la que agarro el pomo de la puerta está empapada en sudor. Con un dedo inseguro pulso el botón rojo para detener la grabación y me alejo de la sala de visitas después de cerrar la puerta en silencio. Recorro el pasillo como si escapase de los gemidos del animal. Salgo del edificio y me subo a la bici. Pedaleo con fuerza. Avanzo a toda velocidad por el recinto del astillero casi desierto. La brisa marina me acaricia la cara, y en mis oídos resuenan entonces los pasos del caballo. Pa ca, pa ca, po co, po co.

Los latidos del corazón ni siquiera se calman cuando entro en la caseta prefabricada. Gastos de luz, gas, teléfono, fotocopias, transportes… Reviso las facturas para preparar el cierre del mes, pero no consigo que los números se ordenen en la cabeza. Respiro profundamente y enciendo el ordenador para abrir el libro de mayor.

685 002 174.

Esa cifra que hasta ahora no me preocupaba en absoluto me entra por los ojos. El saldo asciende a seiscientos ochenta y cinco millones dos mil ciento setenta y cuatro.

«Cuatro millones y medio de yenes, más los doscientos mil de la mensualidad». Me acuerdo de los turbios ojos negros de Mugikura.

Pac, pac, poc, poc, pac, pac, poc, poc.

Escucho los pasos del caballo, su respiración. Me mira preocupado desde la oscuridad de la cuadra.

«No te preocupes», le digo con el corazón.

Pa ca, pa ca, po co, po co.

Aparte de mí, nadie se preocupa por esta contabilidad.

No pasa nada si lo devuelvo enseguida. Lo tomaré como si se tratase de un préstamo. Después de todo, puedo maquillar los libros y nadie se va a dar cuenta.

Durante nueve años he asumido una responsabilidad y un trabajo de los que nadie más quería hacerse cargo. Me perdonarán este pequeño desliz, imagino, y si lo devuelvo pronto no tiene por qué llegar a convertirse en un problema.

Tecleo unos números para modificar y aumentar los gastos correspondientes a las partidas de comidas. Antes de que lo sustituyera Ushio, al antiguo secretario del sindicato le gustaban mucho los bares de chicas, y los gastos extralaborales en los que incurría eran de cifras bien distintas. Aunque aumente los gastos en unos pocos millones nadie se va a dar cuenta. Confirmo que el saldo se ajusta a una cantidad razonable y me levanto de la silla. Me agacho frente a la caja fuerte y giro el dial: cinco, nueve, seis, tres[11]. Suena un ruido y se abre la pesada puerta.

En el fondo de la caja fuerte hay varios fajos de billetes amontonados. Cuando estoy a punto de alargar la mano para alcanzarlos noto cómo me tiemblan los dedos.

«Es un delito», me grita la conciencia. Desde muy niña mi madre me previno siempre de no hacer cosas malas. Jamás he robado. Ni siquiera me he saltado un semáforo en rojo.

Soy incapaz de hacer algo temerario.

Sentada e inmóvil oigo a mi espalda una fuerte respiración. Un aliento mezclado de olor a hierba seca y leche agita mi pelo sobre los hombros. No puedo mirar atrás porque tengo la sensación de que si lo hago el sueño me atrapará. Escucho el golpeteo de unos cascos en el suelo, pac, pac, poc, poc, un indicio aún más evidente. Vuelvo a notar el fuerte aliento como si me empujase por la espalda.

El temblor en los dedos no tarda en calmarse. Meto la mano hasta el fondo de la caja fuerte de acero frío. Saco precipitadamente seis fajos de billetes y los guardo en la mochila de nylon que se

deforma por culpa de un peso de seiscientos gramos. Salgo de la caseta prefabricada.

De pronto, me siento observada. Miro a mi alrededor y veo unas cuantas grúas gigantescas erguidas contra el cielo teñido de un morado profundo que se extiende a mi espalada. Esa extraña inmovilidad les hace parecer monstruos erguidos. Pedaleo en silencio para no despertarlos.

---

1. Oficinas de préstamos rápidos.

2. Tiendas a modo de pequeños supermercados abiertas las veinticuatro horas.

3. Se refiere al grupo musical femenino AK48.

4. Comida preparada para llevar y servida en una caja o recipiente de plástico.

5. Diminutivo coloquial.

6. Pollo frito servido con una salsa a base de soja y azúcar.

7. Sufijo que indica tratamiento de cortesía.

8. Restaurante de sushi donde los platos giran sobre una cinta transportadora.

9. Platos elaborados con carne cortada en lonchas muy finas.

10. Judías de soja fermentada.

11. Con los números el autor hace un juego de palabras intraducible.

II

La tienda está decorada con tonos pastel beis y en sus paredes se exponen llamativos pañuelos de seda naranja, rosa y azul turquesa colgados en bastidores de madera. En el escaparate, donde también destaca la madera, hay varios bolsos de piel de ternera de aspecto suave. Ninguno de ellos cuesta menos de un millón de yenes. El perfume que emerge de un frasco fino y alargado impregna toda la tienda con su aroma de flor de loto. Me guían hacia el ascensor situado al fondo. Camino entre otros clientes, una mujer con un bolso brillante de piel de cocodrilo en las manos, turistas de otros países asiáticos vestidos de pies a cabeza con marcas de lujo. Piso una alfombra de pelo largo con mis zapatos de tacón, a los que no estoy acostumbrada, y entro en el ascensor con una dependienta que lleva un pañuelo de seda al cuello.

Las puertas se abren en un piso desde donde se alcanzan a ver los rascacielos y, tan pronto me siento en un sofá de cuero, me sirven agua con gas en la mesita de enfrente. Oigo el chisporroteo de las burbujas, doy un sorbo sin quitarme el abrigo lago color camello que compré en esta misma tienda hace tres meses. Me preocupo de que no se den cuenta de que bajo el abrigo solo llevo una camisa y un pantalón ajustado comprados en un supermercado cualquiera.

La primera vez que entré aquí casi no me hicieron caso, pero después de comprar unas botas de montar de más de trescientos mil yenes, una fusta, una brida, una manta, artículos que no bajaban ninguno de ellos de los doscientos mil yenes, empezaron a conocerme como «la propietaria del caballo», y desde el mes pasado ya me han asignado una persona exclusivamente para atenderme.

El dependiente, un hombre alto con un traje negro, se acerca con una caja color naranja que ocupa casi la mitad de su estatura.

—Es lo que había pedido. ¿Le gustaría verlo?

Asiento con la cabeza. Deja la caja sobre la mesa y la abre con unos guantes blancos sin dejar de sonreír.

—Está trabajada con una maestría verdaderamente fuera de lo común.

Me inclino para ver mejor el interior de la caja donde está impresa la imagen de un caballo y una berlina. En su interior hay un gran objeto de cuero con una forma ondulante.

Huele a recién curtido, un aroma me recuerda vagamente a su olor.

Aquel día de hace tres meses fui a verlo cargada con la mochila, que pesaba más de lo normal. A las nueve de la mañana, el Club Hípico Mugikura estaba sumido en el silencio. Tampoco en el Club House había nadie. Los caballos no estaban en la pista. Entré en la cuadra como si acudiera a una cita secreta. Los caballos comían el forraje en la oscuridad. Me acerqué a su box rodeada por el ruido de las masticaciones y de poderosas respiraciones. Mugikura apoyaba la mano izquierda en el bastón y con la derecha cepillaba al animal. Enseguida vi la silueta más hermosa de entre todas cuantas había allí y oí un suave relincho.

La voz parecía decirme «Te esperaba», y me reafirmó. «No estoy equivocada», pensé. Los fajos de billetes en el interior de la mochila chocaban con mi espalda. En mis sentimientos se mezclaban el remordimiento y el arrojo, y notaba cómo me temblaban las manos.

Extendí el brazo para acariciarle el hocico. El caballo agachó la cabeza y lo acercó a mis dedos temblorosos.

Estaba caliente.

Sentí que me lo perdonaba todo y no pude evitar que se me escapara un suspiro.

«He venido a buscarte». Tan pronto me leyó el pensamiento resopló a modo de respuesta.

Yo comprendía sus sentimientos. Él me esperaba desde hacía mucho tiempo.

Mugikura nos observaba a ambos. Dejó el cepillo en un cubo y salió de la cuadra. Me cargué la mochila a la espalda y le seguí. A pesar del bastón caminaba deprisa y no me resultaba fácil seguirle.

Ya en el Club House nos sentamos en el sofá uno frente al otro. Le entregué el dinero.

Cuatro millones y medio. Mugikura retiró las cintas de los fajos de billetes, se chupó la punta del dedo índice con la falange distal deformada y empezó a contar uno a uno. Contaba sentado frente a una foto suya en sus buenos tiempos. Yo me fijaba en los sucesivos billetes de diez mil yenes sin dejar de prestar atención a los tenues relinchos que llegaban desde el otro lado de la ventana.

—¿Qué quieres hacer? —me preguntó Mugikura cuando terminó de contar.

¿Qué quiero hacer? ¿Respecto a qué?

Elevé las comisuras de los labios.

—Su nombre —dijo él bruscamente mientras se ponía en pie con la ayuda del bastón.

Sacó un archivo de color desvaído de la estantería junto a la recepción y volvió al sofá. Me hizo entrega de la carta de pedigrí donde aparecía el nombre con el que le habían registrado oficialmente. Junto a su árbol genealógico, fecha de nacimiento y raza se podía leer: *Grande Strada*.

Grande Strada.

Repetí el nombre en mi cabeza. Era muy típico de los caballos de carreras, y no se ajustaba a él.

—Los nuevos propietarios pueden cambiar los nombres —me explicó como si me hubiera leído el pensamiento.

El nombre de mi caballo.

No tenía ni idea de que cuál elegir. Volví a examinar los documentos y Mugikura se quejó. De seguir así no llegaríamos a nada hasta las nueve de la noche. Agarró el bolígrafo y tachó «Grande» del certificado.

—Strada —dijo—. Significa *camino* en italiano.

Strada.

Murmuré el nombre sin llegar a pronunciarlo en voz alta.

—Después de todo, vuestro primer encuentro fue en la carretera, ¿no?

Me acordé de la poderosa presencia en mitad de la carretera entre un concesionario de coches de segunda mano y un *pachinko.*

Strada.

Repetí el nombre varias veces. Una vez más tuve la impresión de que el destino nos había unido.

Entré con Mugikura en la cuadra. En la mano llevaba la placa donde había escrito el nuevo nombre.

—¿Me estabas esperando?

Mikoshiba acariciaba el cuello del caballo y le hablaba en un tono excesivamente familiar. En cuanto nos oyó llegar dirigió su mirada hacia nosotros. Al reconocerme entornó los ojos a modo de saludo y de inmediato miró a Mugikura.

—Ya me he decidido… —dijo Mikoshiba con un gesto coqueto de sus labios entreabiertos pintados de carmesí.

Me quedé sin aliento a la espera de la siguiente palabra que se disponía a pronunciar. Mugikura, a mi lado, con los ojos muy abiertos parecía esperar algo de ella. «Si se ha decidido a comprarlo, ¿significa eso que vamos a tener que pujar? Seguro que ella ofrece mucho más», pensé. En tal caso, ¿tenía alguna opción? Me desesperé. Me vi a mí misma una vez más con la cabeza metida en el fresco interior de la caja fuerte sacando más fajos más de billetes.

—Este caballo… Voy a …

Los labios de Mikoshiba se abrieron. Parecía divertida, como si se riera de mí al verme cada vez más pálida.

—El caballo lo ha comprado ya la señorita Setoguchi.

Una voz estridente cortó lo que Mugikura se disponía a decir a continuación.

—¡Ah, ya veo!

La sonrisa parecía ahora habérsele pegado a la cara. Dirigió despacio su mirada hacia mí. Yo me sentí incapaz de sostenérsela y

miré sus pendientes dorados con forma de herradura que se movían colgados de las orejas.

—¿Así que a ti también te ha pasado?

Me limité a responder a su pregunta con una sonrisa ambigua.

—Los caballos nos hacen soñar —dijo sin dejar de acariciar el cuello azabache del caballo.

Su gesto producía ahora una impresión de lejanía. El caballo sacudió la cabeza como si la rechazase. Sus pupilas negras me miraron. Recordé la imagen del caballo negro en la cocina.

—¿No es cierto, jefe? —murmuró Mikoshiba.

Se dio media vuelta, sacó su caballo marrón del box y salieron de la cuadra.

—Vamos, Alek.

—Enhorabuena. A partir de hoy es tu caballo —se rio Mugikura con sus colmillos enfundados en oro a la vista.

Mi caballo.

Colgó una placa en el box donde había escrito «Strada». El animal se me acercó y resopló como si dijera: «Te he esperado mucho tiempo».

Strada. Le llamé por su nombre por primera vez.

El caballo relinchó a modo de respuesta, como si le gustase.

Todos los caballos de la cuadra se pusieron a relinchar y el tumulto se amplificó en el techo de la cuadra como si fuera un concierto de vientos metálicos. En ese momento, la poderosa luz de la mañana disipó la oscuridad como si los caballos la hubieran convocado con sus relinchos. La luz cegadora me obligó a entornar los ojos. Los rayos transparentes cayeron sobre Strada y sobre mí.

Lo saqué del box para montarlo. Le apreté la tripa con las piernas y él levantó la cabeza antes de echar el paso.

Pac, pac, poc, poc, pac, pac, poc, poc.

Solté un poco las riendas y enseguida salió al trote. Noté en la cara interior de los muslos la circulación de su sangre caliente. Su grupa se tensaba, oía el suave golpeteo de los cascos contra el suelo.

Pa ca, pa ca, po co, po co.

La fuerte respiración del caballo se sincronizó con la mía. Una melodía brotaba del interior de mi cuerpo. Strada relinchaba con una voz atiplada como si respondiese a mi música.

Mikoshiba, montada en su caballo, y su cohorte de aduladoras subidas a sus viejos podencos, me miraban con envidia. El orgullo y el placer que sentía elevaban el volumen de aquella melodía.

Pa ca, pa ca, po co, po co.

Strada me transmitía su alegría, y su sentimiento alcanzaba de lleno mi corazón. «Viviremos juntos». Me lo dijo él antes de llegar yo a pensarlo, y nuestros corazones se colmaron de dicha. Nos fundimos en un único ser, como si se tratase de un designio decidido de antemano.

Por fin había encontrado algo en lo que creer, algo que nunca me iba a traicionar.

Me incorporé sobre la silla y estiré los brazos hacia delante.

Vamos. Nuestras voces harmonizaban. Strada lanzó un sonoro relincho y de un galope en corto pasó a uno tendido.

Pac pac, poc poc, pac pac, poc poc.

Cantábamos a dúo.

El ruido del tren al pasar me trae de vuelta a la realidad.

Veo cruzar el convoy azul y verde sobre un puente elevado que se intuye al otro lado del tabique de pavés.

—Nuestra marca nació en el siglo XIX, originalmente como guarnicionería. Por eso los clientes que compran esta clase de artículos son tan especiales para nosotros.

El dependiente saca la silla de la caja naranja con sus guantes blancos y la coloca sobre la mesa como si se tratase de un objeto mágico. Las costuras de hilo blanco sobre el cuero suave dibujan una atractiva línea curva.

Acaricio la silla a lo lago de las líneas de las costuras. El resplandeciente color negro va a encajar a la perfección con él. Se va a poner muy contento.

Todos los arreos de Alek, el caballo marrón de Mikoshiba y de Rose, el pinto, son de la misma marca y cuando los veía galopar juntos en la pista me apenaba que Strada estuviera tan pobremente equipado.

Me daba rabia que pudiera sentirse de menos y, poco a poco, le he comprado un equipo de primera. Al fin va a tener la silla que se merece. Estoy ansiosa por ir al Club lo antes posible y estrenarla.

—¿Por qué no se lleva un bolso de la misma línea para usted?

Elevo las comisuras de los labios sin saber bien qué contestar a la repentina proposición. En ese momento interviene una dependienta que está cerca de mí.

—Tenemos una línea de bolsos fabricados con ese mismo cuero de la silla…

Sin dejar de hablar alcanza un bolso de cuero negro con cierre dorado y me lo muestra. Es parecido a los que decoran el escaparate, pero ligeramente más grande.

—Es un diseño clásico de la marca, una seña de identidad. En origen se pensó para guardar la silla del caballo.

Me miro en el gran espejo que tengo delante y veo mi reflejo con el bolso confeccionado con el mismo cuero de la silla.

—¡Una maravilla! Le sienta muy bien.

Siento una emoción y una vergüenza difíciles de explicar. Seguro que todo el mundo se reirá de una mujer que lleva triunfalmente un bolso hecho del mismo material que las sillas de montar. Además, me da mucho reparo gastar toda esa cantidad de dinero en algo para mí.

—Es un modelo que se fabrica poco últimamente y por eso somos conservadores a la hora de venderlo, pero usted ha comprado muchos productos de nuestra marca. ¿Qué le parece?

La mujer sonríe y me da un sutil empujoncito por la espalda. Le devuelvo la sonrisa. Me cierro el abrigo para que no vea la camisa barata que llevo debajo.

Pac, pac, poc, poc, pac, pac, poc, poc.

Incapaz de apartar los ojos del bolso noto cómo se me acelera el corazón. Se me escapa un suspiro.

—Señorita, señorita Setoguchi.

Me doy media vuelta cuando oigo la voz de Ushio a mi espalda.

—¡Qué raro…!

Está detrás de mí. Ha abierto la caja fuerte y mira dentro. Me quedo sin aliento con los ojos clavados en su nuca ligeramente rala.

—¿Qué habrá pasado?

Su voz rebota en el interior de la caja fuerte.

—Ha disminuido mucho el efectivo…

Cruzo mi mirada con la suya tan pronto se da la vuelta. Le devuelvo una sonrisa mezcla de confirmación y perplejidad.

—No es urgente, pero saque efectivo de la cuenta del sindicato para guardarlo en la caja porque lo necesitamos a menudo.

Asiento. Se me escapa un suspiro. Ushio me mira atentamente. Soy incapaz de sostenerle la mirada y dirijo mis ojos a la bandera roja del astillero Sakamaki clavada en la pared a su espalda. Una de las esquinas se ha despegado y produce una impresión de descuido.

—Nos vemos el lunes entonces.

Recoge sus cosas, abre la endeble puerta de cristal y sale de la oficina con su cartera de cuero desgastada. Tira y empuja varias veces hasta que consigue cerrarla del todo porque sigue sin encajar en el marco. Cuando el silencio se instala en la oficina, miro las grúas entre las aberturas de las persianas metálicas. Los cinco cuellos de hierro se alinean y se mueven despacio arriba y abajo, como un caballo pastando en un prado.

Me levanto. Me acuclillo frente a la caja fuerte, abro la puerta como si formulase un conjuro: cinco, nueve, seis, tres. Miro dentro y compruebo cómo de los casi veinte fajos que había ahora apenas quedan tres.

Al margen del importe por la compra del caballo, han aparecido otros gastos como las vacunas, el mantenimiento diario del caballo, el veterinario, los herrajes, el equipamiento de primera clase. Todo

es para él, y no he podido controlarme. Cuando he querido darme cuenta me había gastado casi todo el dinero de la caja fuerte. Además, debo afrontar el pago de las mensualidades.

Esto será lo último.

Me decido y agarro dos fajos de billetes. De pronto, escucho:

—Señorita Setoguchi.

Contengo la respiración. Giro la cabeza sin mover el resto del cuerpo.

Ushio asoma la cabeza por la puerta entreabierta.

—Pues… verá… ¿Qué le parece si cenamos juntos?

Me mira con una sonrisa en la cara. Detrás de él veo las grúas con sus cuellos estirados hacia el cielo teñido de un morado pálido.

—¿Tiene algún compromiso?

Asiento dos veces sin sacar la mano con los dos fajos de billetes de la caja fuerte.

—Deberíamos cambiar la contraseña de la caja fuerte, ¿no le parece?

Se fija en la caja fuerte abierta como si se tratase de un agujero negro. Deja la puerta abierta y se marcha con un «hasta el lunes». En el interior se cuela una brisa marina que agita la persiana amarillenta.

Noto el olor del hierro de la caja fuerte que se me antoja como el de la sangre, cómo me abandonan las fuerzas. Debería devolver el dinero lo antes posible para que todo vuelva a estar como antes. Dejo los fajos de billetes que tenía en la mano y cierro la puerta maciza que, de pronto, me resulta mucho más pesada de lo normal.

Una franquicia de *kaiten sushi*, una de ramen, una academia de apoyo, una funeraria. El paisaje de la carretera ligeramente distinto al de todos los días queda a mi espalda poco a poco hasta transformarse en una línea de color mortecino.

A un lado del semáforo hay un *convini* con un cartel de color verde, al otro un concesionario. Se pone en rojo. Detengo el escúter. Miro el panel azul de la carretera encima de mi cabeza y me doy cuenta de que he llegado a la ciudad vecina. Han pasado cerca de

cuarenta minutos desde que he salido de casa y el paisaje en la carretera no ha cambiado nada, como si se tratase de la misma escena repetida una y otra vez.

Me acuerdo de una película de dibujos animados que vi de niña. Unos chicos de instituto preparaban una fiesta para el día siguiente. Todo se desarrollaba alegremente, pero la fiesta en sí no empezaba nunca. Al final se daban cuenta de que repetían sin fin las mismas cosas y comprendían que estaban atrapados en un sueño al que les había arrastrado unos fantasmas. El sueño se repetía con pequeñas variaciones y los fantasmas se las ingeniaban para convencerlos de no abandonarlo si intentaban romper el ciclo. Después de todo, en la vigilia no iban a encontrar nada mejor, ese era su argumento, y, por tanto, era mejor disfrutar del sueño.

«Los caballos nos hacen soñar, ¿verdad?».

En mitad de la carretera oigo la voz embriagada de Mikoshiba y veo la imagen del caballo negro en mitad de la carretera.

Tal vez vivo atrapada en un sueño al que me ha arrastrado Strada.

Avanzo un tiempo y enseguida veo una llanura inundada de placas solares. Entre el verdor que se extiende hasta el infinito brota un edificio cuadrado y pintado en blanco parecido al de esas nuevas promociones de pisos que suelen anunciar tanto.

Aparco el escúter en un rincón del amplio aparcamiento. Nada más atravesar la doble puerta automática se abre un espacio con suelo de linóleo del color del césped. Huele a animal, como en la cuadra. En la sala, decorada para la navidad con unos cuantos motivos sencillos, hay alrededor de veinte ancianos, todos ellos sentados en sillas de ruedas y todos encorvados. Están agrupados como un rebaño de ovejas y tienen los ojos pegados a la televisión. Aguzo la vista hasta que los míos se topan con la espalda más pequeña y encorvada de todas. «Mamá», digo, pero ella no se da la vuelta.

—Ahora la traigo —me susurra una de las cuidadoras que ya me conoce y me ha visto entrar.

Se infiltra en el rebaño de ovejas y empuja la silla de mi madre para llevarla hasta el banco que hay al fondo de la sala.

—¿Todavía no es la hora de comer…? —me pregunta nada más verme.

—Si acaba de comer hace un rato, señora Setoguchi.

La cuidadora sonríe agachada a su lado.

—Tengo hambre…

Mi madre frunce el ceño como si no estuviera convencida.

—En tal caso, le traeré algo de dulce, ¿le parece bien?

La mujer se levanta y se dirige a la oficina. Inclino la cabeza a modo de agradecimiento. Después miro a mi madre.

—Llevas unos guantes muy bonitos…

Se ha fijado en los guantes de cuero negro que me he comprado en esa tienda. Desde que vive en la residencia no es tan frecuente que nuestras miradas se crucen.

—La señora Hashizume me ha robado la cartera.

Calma. Intento calmarla, pero está muy agitada y trata de mover la silla como sea.

—¡Me ha robado!

Sujeto la silla, pero ella se resiste.

—Mamá, tu dinero está en el banco, ¿no?

Mi intento de calmarla solo sirve para que proteste en voz alta, como si fuera una niña.

—¿Por qué me roban?

Siento como si me acusara a mí e involuntariamente elevo las comisuras de los labios. Al ver mi sonrisa se detiene y me mira.

—¿Yūko?

Sus pupilas veladas se fijan en mí, como si tratase de confirmarlo.

—Sí, soy Yūko.

—¡Ah, Yūko! ¿Ya has vuelto del colegio? Hoy es muy pronto.

—Mamá, necesito que me dejes algo de dinero —le digo en voz baja—. Solo un poco.

Todavía debe de tener una parte de lo que recibió tras divorciarse de mi padre.

—Yūko… ¿Cuándo te vas a casar?

Pues… Estoy a punto de decir algo, pero cierro la boca antes de hacerlo. Si se me ocurre llevarle la contraria el asunto se alargará más de lo necesario.

—Me gustaría ver la cara de mis nietos.

—Lo siento.

Me disculpo con naturalidad, como ya he hecho en muchas otras ocasiones.

—Te queda dinero en la cuenta, ¿verdad? Necesito dinero —le suplico.

Sin embargo, desvía la mirada y murmura:

—Me pregunto dónde estará mi cartera.

—¡Cuántas veces tengo que decirte que nadie te ha robado! —le grito, incapaz de contenerme.

Mi irritación le sorprende.

Solo al cabo de un rato dice con un hilo de voz:

—Aquel papel… No decía nada más que mentiras.

Me quedo pasmada. Se acerca y tengo la impresión de haber visto un caballo negro en sus pupilas negras.

—Lo sé… Ese papel donde le acusaban de adúltero. Fue una mentira de Miyoko.

La voz temblorosa de mi madre me recuerda a la de Miyoko aquel día, con un vaso de té de trigo sujeto entre las manos. ¿Desde cuándo lo sabe?

—Pero a mí me vino bien porque ya no tenía nada de lo que hablar con él.

Murmura otra vez las mismas palabras que me dijo en la cocina aquel día.

—Siento habérmelo callado durante tanto tiempo.

La confesión de su secreto hace brotar las lágrimas. Sus pupilas adquieren un tono gris y las lágrimas caen despacio desde las

arrugas del rabillo de sus ojos, como si fuese el llanto de una ballena.

—Estoy triste porque nunca hablas conmigo.

¿Qué habría sido de nosotras si le hubiera dicho a mi madre la verdad aquel día cuando estaba en la cocina? Al menos no nos habríamos resignado a caer en la incomprensión mutua. Hubiera bastado con hablar, pero quizá ya era demasiado tarde. Sus ojos empiezan a vagar.

—Me gustaría que fueras feliz. Te lo mereces.

¿Qué significa merecerme ser feliz? No lo entiendo. Al otro lado de la ventana veo cómo se extiende la llanura cubierta de placas solares. Es un paisaje familiar, sin fin, y tengo la impresión de que, de algún modo, representa mi propio futuro.

De regreso por la carretera atravieso la misma escena sometida a permutaciones y combinaciones, con el sol a punto de caer en el horizonte.

El semáforo entre el *convini* decorado de navidad y la oficina de préstamos rápidos iluminada con luces cegadoras se pone rojo. Me detengo. Ahora no escucho la melodía que sonaba sin parar en mis oídos.

Giro el manillar a la izquierda movida por un sentimiento de melancolía y avanzo por el camino recto que atraviesa los campos. No oigo el canto de los pájaros, tampoco noto el olor dulzón de los animales. El Club Hípico Mugikura parece abandonado con todas las luces apagadas. Aparco delante y nada más entrar veo a alguien montando a Strada en la pista.

¿Será parte de sus ejercicios diarios?

Aguzo la vista para identificar quién lo monta.

Tiene la piel blanca, algo extraño para un jinete. La nariz fina, los ojos rasgados, el cuello demasiado ancho en relación con los rasgos delicados de su cara demuestran que se trata de un profesional. Rondará la treintena. Lleva una chaqueta de nylon blanca, un

pantalón de montar ajustado y botas de cuero. Strada galopa ligero. Incluso desde lejos se nota que el joven sabe bien lo que se hace.

Me acerco a la pista como atraída por un imán. En algún momento Mugikura me sigue sin que yo me haya dado cuenta.

—¡Shintani! —llama al joven.

El chico mueve las riendas con destreza y se acerca.

—Es un caballo muy hermoso —dice—. Es inteligente e intuitivo.

Le acaricia el cuello con un gesto familiar. Me alegro como si el elogio estuviera dirigido a mí.

Strada me reconoce, relincha suavemente y acerca el hocico.

—Os entendéis bien, ¿verdad? —le susurra el joven al caballo.

Sonrío involuntariamente.

Mugikura me lo presenta. Se llama Atsushi Shintani, un antiguo *jockey* que dejó las carreras para dedicarse a los saltos. Hace un tiempo se encargó de entrenar los caballos que participaron en los juegos olímpicos y ahora, por circunstancias de la vida, trabaja en el club.

—Pensé que se llevarían bien —ríe Mugikura mostrando sus fundas de oro—. Los dos son muy lozanos.

—¿Le importa si lo monto un poco más, señorita? —me pregunta desde la silla.

Asiento y Strada sale al galope tan pronto como Shintani le jalea. Sus músculos se contraen y en apenas unos segundos alcanza el obstáculo en mitad de la pista. De la arena se levanta un polvo blanco como si fuera humo.

¿Sabe saltar? Contengo el aliento sin dejar de admirar su estampa. Shintani se incorpora sobre la silla e inclina la cintura hacia delante. Allá va. Se me escapa un grito en el mismo instante en el que Strada contrae todos los músculos de su cuerpo, dobla las manos con delicadeza y vence el obstáculo con un movimiento espléndido.

Mis cinco sentidos, congelados hasta ese instante, parecen fundirse y no puedo controlar las lágrimas. Ahora sí aprecio de nuevo los colores, el aroma de la tierra seca en las fosas nasales.

Strada da media vuelta y enfila de nuevo el salto, como si la ley de la gravedad no actuase sobre su cuerpo poderoso. Se eleva otra vez por los aires y supera el obstáculo. Su larga cola se arquea, las manos aterrizan de nuevo en el suelo. Contemplo la escena como si fuese una imagen a cámara lenta.

—¡Un portento! —oigo decir a Mugikura a mis espaldas.

Strada galopa, se eleva por los aires como si para él fuese lo más natural del mundo. Al mostrar esa faceta suya que conmigo no desarrolla, tengo celos de Shintani, si bien al mismo tiempo nace en mí un indescifrable deseo.

Después de dos o tres fabulosos saltos Shintani tira de las riendas para acercarse a mí.

—Lo haré…

Shintani jadea y sonríe bajo el cielo crepuscular. No entiendo lo que ha querido decir y cuando ve mi sonrisa Mugikura me explica:

—Lo que quiere decir es que podría participar con él en competiciones de salto y ganarlas.

No salgo de mi asombro.

—Estoy convencido de que puede ganar —dice Shintani.

¡Strada campeón! La ilusión por algo que ni siquiera había imaginado me alegra el corazón. El caballo respira agitadamente y me mira.

«¡Quiero ganar!». Sus pupilas negras parecen hablarme. Strada fracasó en las carreras, pero, tal vez, podría convertirse en una estrella de las competiciones de salto. Quizá puede rehacer su vida a mi lado.

—¿Qué opina usted, señorita? —me pregunta Shintani con sus ojos almendrados clavados en mí sin bajarse del caballo.

—La suerte está echada, ¿cierto?

Oigo la risa de Mugikura antes de haber tenido la oportunidad de contestar.

En el almacén, estrecho como la cueva de una anguila, se guarda la ropa de trabajo usada, zapatos de seguridad arañados, verdugos,

mascarillas para el polvo.

Huele al sudor agrio de los hombres acumulado durante días, a hierro. Alcanzo un casco con una cruz verde impresa.

—¡Apesta! —protesta Miu a mi lado con el ceño fruncido mientras coge con pinzas las chaquetas de soldadura y las amontona en el suelo—. ¿Por qué tenemos que ocuparnos nosotras de las cosas de los hombres?

Sonrío para mostrar así que estoy de acuerdo con ella mientras compruebo que al casco le falta la visera. Examinar el equipamiento para determinar lo que ya no se puede usar y sustituirlo por uno nuevo es responsabilidad del departamento de administración general, pero traducido a la realidad se podría decir que nos ocupamos de poner orden en el desorden de los trabajadores.

—Fujii, por ejemplo. Jamás se le ocurre venir aquí —protesta Miu—. Seguro que no tiene ni idea del estado en el que se encuentra el almacén. Voy a presentar una queja por discriminación. Nos tratan así solo por ser mujeres.

Mete en una bolsa de basura la ropa de trabajo agujereada con un gesto tenso en la cara. Yo me encargo de colocar los cascos en las estanterías, de confirmar los números de registro. Nuestras tareas están claramente diferenciadas sin necesidad de palabras.

—Por cierto, parece que me van a obligar.

Miu tiene la costumbre de omitir el sujeto o el predicado cuando habla y cuando se da cuenta de que no entiendo a qué se refiere continúa:

—Quiero decir, a llevar la contabilidad del sindicato.

—¿¡Cómo!? —se me escapa sin querer al tiempo que se me cae un casco de las manos.

¡Clang! Un sonido hueco resuena en el almacén.

—Llevas mucho tiempo con eso, ¿verdad?

Aturdida, recojo el casco. Reaparece el gesto de tensión en su boca.

—Si me molesta es porque tengo la sensación de que me lo encargan porque creen que dispongo de mucho tiempo libre.

Miro a la pared y colocó con cuidado el casco en la estantería.

—¿Te lleva mucho tiempo?

El tono coqueto de su voz me llega al oído izquierdo. Sonrío con un gesto ambiguo sin apartar la vista de los cascos. Por el rabillo del ojo veo cómo arrastra la bolsa de basura llena de ropa vieja sin dejar de murmurar que no quiere hacerlo porque seguro que se le da fatal.

Durante nueve años nadie ha sugerido un cambio respecto a la contabilidad del sindicato. Tampoco había nadie para sustituirme. En su momento me lo impusieron y a nadie le extrañó. Tal vez Ushio va por ahí diciendo algo.

—De todos modos, si podemos ir juntas de viaje con el dinero del sindicato será divertido. ¿No podríamos hacerlo cuando abonen las primas?

He sacado dinero de la cuenta del sindicato en varias ocasiones. La mitad la tengo en casa y la otra mitad la he usado para reponer el efectivo de la caja fuerte. Ahora la cantidad es la misma de antes. Tanto el libro de mayor como la cuenta del banco los administro exclusivamente yo, de manera que nadie puede controlarlos. Pero si Miu se va a hacer cargo de todo ello la cosa será muy distinta. Si examina en detalle los libros y los coteja con la cartilla del banco terminará por darse cuenta de que algo no cuadra.

He pisado algo. Miro hacia abajo y veo unos guantes manchados de aceite. Los recojo. Huelen a óxido de hierro. Me dan náuseas, como cuando sangro por la nariz. Me la tapo con la mano y también la boca.

Debería salir de aquí, pienso. Tiro los guantes a la basura y agarro un arnés caído en el suelo con un gesto violento. La hebilla metálica choca con la pared y hace un ruido molesto. Intento forzarla para colgarlo de un gancho, pero tiene la cincha enrollada. Soy incapaz de disimular la irritación que me domina y, al tirar con fuerza, el nudo se aprieta todavía más.

—Tal vez podría aprovechar y comprarme un perro sin que nadie lo sepa. Siempre he querido tener otro caniche y ahora me cae

encima esta responsabilidad que significa más trabajo y más estrés. Debería sacar algún provecho, ¿no crees?

Miu habla en susurros como si se justificara a sí misma y cuando ve mi gesto tenso ríe amargamente.

—Ya imaginaba que no puede ser —concluye.

Se me acerca y me agarra suavemente la mano.

—Yo confío en los perros. No te traicionan como los hombres y, por mucho que no hablen, comprenden mis sentimientos.

Miu se hace cargo de desenrollar la cincha del arnés al darse cuenta de que me he quedado bloqueada sin saber qué hacer.

—Es curioso. Cuando mi perro se da cuenta de que estoy triste se acerca a mí.

Sus dedos, con las uñas pintadas de rosa, desenredan poco a poco el nudo, y yo me fijo en sus movimientos hábiles.

—Además… Nada te impide tener un perro cuando quieras. Pagas lo que cuesta y listo.

Miu me sonríe como si buscase mi aprobación.

El aparcamiento del monte Fuji cubierto de nieve inmaculada está prácticamente lleno de coches de alta gama. Un tercio de ellos luce el emblema de un caballo. Al pasar entre ellos tengo la sensación de hacerlo por el interior de una cuadra con los boxes a ambos lados. Levanto la vista y leo en un cartel: «Aparcamiento del Centro Hípico de Gotemba». También ahí hay una imagen impresa de un caballo. Sonrío al verlo.

Subo unas escaleras y cuando llego a lo alto se abre ante mis ojos una pista de salto. El viento seco del norte levanta un polvo amarillo.

La zona de espera previa a la pista de calentamiento está rodeada de vallas blancas y en su interior habrá alrededor de diez caballos. Cada uno de ellos sigue un recorrido determinado. Hay caballos con capas poco habituales: zainos, blancos, alazanes. Todos ellos resplandecen, prueba de que están perfectamente cuidados. A pesar de la concentración animal no huele como en el club.

Los jinetes se protegen la cabeza con cascos negros, visten chaqueta estrecha, camisa blanca, pantalones de montar y botas altas de cuero, como si se hubieran puesto de acuerdo. Tantos cuidados, la elegancia del ambiente, esa pose gallarda de los jinetes me hace sentir cohibida.

Desde la tribuna el público examina con ojos severos a los competidores. Son todos hombres de gestos viriles, rostros morenos, con un semblante parecido al de Mugikura. Algunos son familiares de los jinetes. Visten con distinción y nada más verlos resulta evidente que son todos de clase alta.

Inesperadamente, me viene a la memoria un día en el colegio cuando celebrábamos la fiesta anual del deporte. Todo el mundo estaba feliz, pero yo me sentía muy incómoda. Al terminar cada equipo su carrera, los ganadores y perdedores se separaban en dos filas frente al público, y eso me dejaba en evidencia dada mi escasa estatura y mi lentitud.

Trato de forzar una sonrisa para animarme un poco.

Hoy, sin embargo, todo va a ir bien. No me voy a dejar arrastrar por ningún sentimiento miserable. Tanto él como yo nos hemos preparado para este día. Nos hemos ataviado con ropa de marca y no desmerecemos nada respecto a ningún otro rival.

—¡Yūko-san!

Se me acerca corriendo un jinete de piernas largas. Shintani viste una chaqueta negra de montar y parece más bien un actor. Las mujeres que han venido a apoyar a sus caballos le miran. Le he comprado la misma ropa de marca para montar a Strada en las competiciones.

—La estaba esperando. Él también. Vega por aquí.

Camina delante de mí en el sentido contrario a las agujas del reloj; la pista queda a mano izquierda. Las mujeres se fijan ahora en esa desconocida acompañada de un jinete tan atractivo. Shintani me ofrece la mano para subir un pequeño terraplén tras la pista, y allí nos cruzamos con un caballo prieto, mucho más grande que Strada, las crines trenzadas como si fuera un modelo.

Es el último ganador de la competición.

Shintani me susurra algo al oído. Tanto el caballo como su joven jinete, también vestido de negro riguroso, nos dedican una mirada inquisitiva. ¿Acaso parezco fuera de lugar?

—En mi opinión el caballo no está bien. Parece distraído.

El inesperado comentario de Shintani me sorprende.

—Todos se van a admirar de la buena forma de Strada —dice con una sonrisa que parece pensada para mostrar sus dientes perfectamente alineados.

Delante de cinco boxes en fila duchan a los caballos, que ya han terminado la competición, y les limpian los cascos.

—Alek… ¿Qué te ha pasado de repente?

Mikoshiba está completamente cubierta de barro. Cepilla a su caballo y le limpia los ojos con los guantes que lleva puestos. Shintani acerca su boca a mi oído.

—La señora Mikoshiba se ha caído en la prueba de doma. Al parecer el caballo se ha asustado.

El caballo resopla sin dejar de mover la cabeza a derecha e izquierda mientras patea violentamente el suelo de hormigón.

—Lo siento, Alek… Algo he debido de hacer mal… Lo siento.

Mikoshiba le acaricia el cuello, pero el animal tumba las orejas como si la rechazase.

—No te preocupes, no es culpa tuya.

Sus amigas la animan.

—A mí esto me parece más bien una historia de desamor, ¿no cree?

Por el oído derecho oigo una risa burlona. Miro y veo la comisura elevada de los labios finos de Shintani. Su gesto me contagia y en ese instante mi mirada se cruza con la de Mikoshiba.

—¿Ocurre algo?

El gesto de Mikoshiba se torna inexpresivo, como si las lágrimas de hace tan solo un momento fuesen de mentira.

—¿Os parece divertido?

—No… —se me adelanta Shintani.

—Enhorabuena, Shintani. Has encontrado un espónsor.

Parece como si la sonrisa de Mikoshiba se le hubiera pegado a la cara manchada de barro.

—¿A qué se refiere?

—Lo sabe todo el mundo. ¿Cuánto te paga?

Las amigas de Mikoshiba me miran con frialdad. Ella, por su parte, dirige esa misma frialdad a Shintani, pero yo sé que en realidad está dirigida a mí.

Durante los últimos tres meses han arreglado una pista en desuso del club y la han preparado para saltos con varios obstáculos. Han sustituido la vieja valla rota y reparada de cualquier manera por una nueva que, pintada de blanco, parece casi artificial. Me he hecho cargo del coste de las reparaciones sin rechistar para que Shintani pueda entrenar ahí a Strada tres veces por semana. Yo solo lo monto los fines de semana.

—Parecen un gigoló y su clienta, ¿verdad? —escuché en una ocasión a las amigas de Mikoshiba por la ventana entreabierta del Club House.

—¡Es verdad! —dijo otra—. Es muy guapo. Tiene buen gusto para los hombres y los caballos.

Todas se rieron.

—¡No habléis así de Yūko! —las reprendió Mikoshiba—. A mí no me gustan tan guapos…

«No entienden nada», pensé. Menosprecian a los demás para engañar así su propia infelicidad. Esa actitud no se diferenciaba en nada respecto a la de Miyoko cuando colgó aquel papel plagado de falsas acusaciones. Tampoco de las personas que se dedican a sembrar maldades con sus teléfonos móviles. Pero por mucha maledicencia o menosprecio hacia los demás que pudieran esparcir, no por ello iban a ser más felices.

—Vámonos, Yūko.

Shintani me agarra del brazo y me arrastra al interior de la cuadra. A mi espalda oigo la voz de Mikoshiba:

—¿Te has enfadado? Lo siento, estaba de broma, no me hagas caso.

Para alejarnos de su voz avanzamos por la cuadra en penumbra.

Los caballos que esperan su turno para competir resoplan violentamente por la nariz. El aire frío torna blanco su aliento. Avanzamos por el largo pasillo y, como si respondiera al sonido de mis pasos, desde la oscuridad, al fondo, me llega un suave relincho. Strada siempre reconoce mis pasos.

Aquí estoy. Intento ocultar mi impaciencia. Sus pupilas negras me miran en la oscuridad.

Cuando me mira siento como si la frecuencia cardiaca aumentase y se me escapa un suspiro. El suspiro se convierte también en una nube blanca que vaga un rato en la atmósfera antes de desaparecer.

Junto a él está Mugikura con su chaqueta de nylon y apoyado en el bastón. Le susurra algo mientras le coloca la brida. Comparados con otros caballos que patean el suelo y sacuden la cabeza de derecha a izquierda, Strada parece tan tranquilo que casi resulta extraño.

—Se le ve en plena forma, Shintani —dice cuando termina de enjaezarlo.

Mugikura no suele prodigar alabanzas, y Shintani reacciona con humildad.

—El mérito es del caballo, no mío. Estaba entrenado para las carreras, pero ya ha aprendido a controlarse y a saltar como es debido. Realmente tiene talento.

—Quién sabe, a lo mejor incluso ganas.

Mugikura suelta una risa estridente y le da al caballo unas palmaditas en la tripa.

—Es todo gracias a Yūko-san. Ha sido ella quien ha confiado en nosotros.

Shintani entorna sus ojos almendrados.

El mal presentimiento de hace un rato se despeja y sonrío con toda naturalidad. Strada resopla contento. Acerco mi cara a la suya para compartir con él este momento de alegría.

¡Ánimo!

Saco de la mochila una manzana cortada que he guardado en un túper. Strada saca la lengua para aceptar el trozo que le ofrezco, me chupa la yema de los dedos y se mete hábilmente el trozo en la boca.

Mientras mastica noto la mezcla del olor que desprende su cuerpo y el de la manzana.

Pac, pac, poc, poc, pac, pac, poc, poc.

Mi corazón rebosa de dicha. La musiquilla resuena una vez más en mis oídos.

Esa melodía tan particular hace resonar mis tímpanos.

Strada entra en la pista de calentamiento y sale a galope suave. Su cuerpo se encoge y estira y me doy cuenta de cómo los otros caballos que también calientan se sienten abrumados por él.

Pac, pac, poc, poc, pac, pac, poc, poc.

Canturreo sin quitar los ojos de encima del poderoso cuerpo de Strada desde el otro lado de la valla. Por megafonía anuncian el inminente comienzo de la competición y Strada relincha con fuerza, como si ansiara la victoria.

Pac, pac, poc, poc, pac, pac, poc, poc.

Shintani entra en la pista a lomos de Strada. Me siento en la primera fila de la grada para observar lo más cerca posible sus movimientos rítmicos. Cuando el juez le da la salida, Shintani mete los pies en los estribos, suelta un poco las riendas y Strada galopa. Después de dar una vuelta a la pista ovalada se acerca al primer obstáculo. Le sigo con la mirada como si implorase. Mis manos dentro de los guantes de cuero negro de la marca de lujo están empapadas en sudor.

Shintani se incorpora sobre la silla. Los músculos de Strada se comprimen, se eleva, primero las manos, luego los cuartos traseros. Su cuerpo negro dibuja una hermosa línea curva, como un látigo, y supera la valla pintada de verde. «¡Qué belleza!», digo sin querer. Su salto elegante causa admiración entre los espectadores.

El tumulto llama la atención de los jinetes que calientan. A mi espalda, sentados en sillas plegables en una pequeña pradera de césped, unos hombres con aspecto de ser propietarios de clubes de equitación observan con miradas severas. Están todos muy morenos y cubren sus cabezas blancas con gorras. Todas las miradas se concentran en Strada.

Pac, pac, poc, poc, pac, pac, poc, poc.

Tras el primer obstáculo, Strada supera el segundo, pintado de rojo y blanco, el tercero pintado de amarillo, y, por último, uno con los colores del arcoíris. No titubea en ningún momento.

Pac, pac, poc, poc.

A pesar de la distancia su alegría me contagia.

Pa ca, pa ca, po co, po co.

Cada vez que supera un obstáculo noto como si la melodía aumentara de volumen.

Me da rabia no ser yo quien lo monte, saltar juntos, pero da igual porque en este instante experimentamos el mismo goce.

Strada ha superado todos los obstáculos en apenas unos segundos. La prueba ha concluido. Suenan los aplausos del público y por megafonía anuncian: «Sin derribos».

Pa ca, pa ca, po co, po co.

Strada relincha, camina hacia mí. En ese momento lo declaran ganador. Visiblemente emocionado, Shintani me dice mientras me abrazo a su cuello:

—¡Es un caballo increíble!

Asiento sin apartarme de él. «Podemos aspirar a lo más alto», pienso. «Nada ni nadie nos lo puede impedir».

—Pero Yūko-san, no siempre va a ser así de fácil.

No entiendo bien qué quiere decir Shintani y me limito a sonreír.

—Quiero decir, no va a ser fácil ganar en una competición nacional. Ni siquiera puedo montarlo la mitad de la semana y el club no está preparado para eso. Además, ha sufrido varias lesiones y no deberíamos forzarlo demasiado. Bastaría con participar de vez en cuando en competiciones pequeñas como esta.

No puede ser. Strada puede aspirar a ser el número uno de Japón.

Strada relincha con fuerza, como si se mostrase de acuerdo conmigo. En la fría atmósfera aparecen dos o tres nubes de aliento blanco.

«No te preocupes. Yo haré de ti un campeón». Le miro fijamente a los ojos.

—Siempre hace dinero y más dinero, ¿verdad? —murmura Mugikura con una sonrisa en los labios.

Pac, pac, poc, poc, pac, pac, poc, poc.

La trituradora destruye los papeles delante de mis ojos.

Pac, pac, pac, pac, pac, pac.

Viaje de formación del sindicato: 213 600; reunión extralaboral: 89 670; arreglos oficina: 62 000. Los números desaparecen tragados por las cuchillas que giran.

Desde que llevo la contabilidad del sindicato he pasado el libro de caja y las facturas, hasta entonces anotado todo a mano, al ordenador, y he archivado sus correspondientes copias en papel por seguridad. Todo ese perseverante y minucioso trabajo va a pasar ahora a manos de otra persona. Han sido diez años en los que nadie más aparte de mí ha tenido acceso a toda esa información.

Conocer en profundidad los números me ha permitido manipular las cuentas sin levantar sospechas, de manera que después de trabajar voy a la oficina del sindicato para destruir todos los archivos de papel además de los extractos bancarios.

Son montones los papeles de los que debo deshacerme acumulados a lo largo de los años, y ya han pasado tres días desde que he empezado con esta tarea. Ya no queda mucho y, cuando haya desaparecido todo, solo quedarán las cuentas perfectamente arregladas en el ordenador.

Miro el reloj. Son las once pasadas. La trituradora es una máquina barata y se traga los papeles a una velocidad desesperante. El

tabique fino de la caseta prefabricada no alcanza para aislar el aire frío del exterior y por eso tengo congeladas las yemas de los dedos.

—Señorita Setoguchi.

Cuando estoy a punto de marcharme escucho una voz sorda. Aturdida, me doy media vuelta y veo a Ushio de pie al otro lado de la puerta de cristal de la oficina. Hoy no debía venir. Estoy muy sorprendida por la inesperada visita casi a medianoche e inclino la cabeza a modo de saludo con una sonrisa forzada en los labios.

Ushio me devuelve el mismo gesto y apoya la mano en la puerta de cristal. Como está medio desencajada no se abre con facilidad y cuanto más tira de ella más zarandea la caseta entera.

—Tenemos que arreglar esta puerta, ¿no le parece?

Ushio sonríe amargamente y estruja su cuerpo robusto por el espacio entreabierto.

—Le agradezco mucho que se quede hasta tan tarde…

A su espalda está la bandera roja donde se lee: «Sindicato del astillero Sakamaki». Se acerca despacio. Por debajo de la cabeza el cuerpo no me responde, como si estuviera congelado. Me tiembla la mandíbula, las muelas entrechocan ruidosas. Contengo la respiración y tan solo puedo mover los ojos para observar a mi alrededor. Encima de la mesa está una de las copias archivadas en papel del libro de caja, mientras la trituradora sigue tragándose despacio las facturas. Grrs, grrs. El ruido del papel al rasgarse se me antoja más fuerte de lo normal. Cuando expulso el aire que se me había quedado bloqueado en los pulmones, por fin puedo mover la mano derecha. Aprieto enseguida el botón para apagarla. En la parte derecha de una de las facturas a medio tragar se lee el importe de un hotel con motivo de un viaje: 22 250 yenes. A medio tragar por la máquina, se queda colgando como si fuera una lengua.

—¿Quiere que la ayude?

Sus ojos se fijan en la última parte de la cifra 250 que destaca en la parte visible del documento. ¿Cómo voy a explicarle esta situación? No se me ocurre nada qué decir y por eso me limito a sacudir la cabeza.

—Siento molestarla. Continúe con lo que tenga que hacer.

Después, como quien no quiere la cosa, pulsa el botón de la trituradora con el dedo manchado de aceite.

Grrs, grrs.

Una vez más empieza a funcionar y la factura termina por destruirse poco a poco. Ushio, a mi lado, se fija en los números que se va tragando.

—Señorita Setoguchi… ¿Tiene usted tiempo cuando termine?

Grrs, grrs.

El murmullo de la máquina que gira en el vacío evoca los pasos del caballo.

—La espero fuera.

Sonríe mostrando sus dientes amarillentos a causa del tabaco y me da la espalda sin esperar una respuesta. El suelo endeble cruje bajo el peso de sus botas de seguridad. Empuja con fuerza la puerta medio desencajada para cerrar.

Pac, pac, poc, poc, pac, pac, poc, poc.

Escucho la melodía a pesar del sentimiento de resignación que me domina.

Mientras canturreo con voz temblorosa saco del archivo que hay encima de la mesa el libro de caja y meto uno a uno los papeles en la trituradora.

Pac, pac, poc, poc, pac, pac, poc, poc.

Veo la gigantesca silueta de una grúa recortada contra un cielo color morado oscuro. Es extraño que trabaje hasta la medianoche. La fría brisa marina recorre el puerto. Me subo la cremallera del abrigo de plumas con las mangas desgastadas.

—Estará listo esta semana y después lo entregarán —murmura Ushio mientras camina hacia el dique seco donde reposa el carguero a granel. Le sigo sin dejar de mirar la grúa sobre nuestras cabezas. La estructura que recuerda al cuello de un caballo eleva por los aires una masa negra para dejarla en el barco con una la altura como la de un edificio de muchas plantas. No sé identificar qué es esa masa que se me antoja una simple sombra.

—Imagino que se trata de algún elemento del puente de mando —explica Ushio—. Parece muy pesado

Sube las escaleras que conducen al interior del barco. Sobre las planchas de hierro resuenan en la oscuridad los pasos de sus botas. Le sigo por unas escaleras que no sé adónde llevan.

—Según tengo entendido, la ceremonia de botadura será en diez días y ella se marchará.

«¿Ella?». Respiro con fuerza como única respuesta.

—Por cierto, ya sabrá que los barcos llevan siempre nombres de mujeres: el Queen Elisabeth, por ejemplo, o la Santa María. ¿Sabe por qué?

Ushio entra por el lado de babor pintado de rojo.

—Hay muchas teorías. Hay quien dice que es por el hecho de tener que repintarlos a menudo, como si fuera una especie de maquillaje. Otros, que cuando se le coloca la cubierta es como vestir a una mujer, y también hay quien asegura que es para evitar que los hundan las sirenas.

Ushio no deja de hablar mientras me guía por la estrecha escalera.

—Pero yo creo que todas esas teorías son inventadas. Yo era carpintero de ribera y lo sé. Los barcos solo pueden ser mujeres. Los antiguos constructores navales de Europa debían de sentir lo mismo. Un barco es como una madre, como una novia. En cualquier caso, se trata de una mujer. Eso seguro.

Me pregunto si habremos subido ya más de cien peldaños y, al final de la escalera eterna, veo a lo lejos una puerta pequeña entreabierta por donde se escapa una luz blanca. Ushio la empuja al entrar. Le sigo. El interior es un enorme espacio pintado de blanco del tamaño del gimnasio de un colegio. La sala de máquinas se ve más abajo, donde gira el motor con un ruido ensordecedor. Seis inmensos cilindros conectados a toda una red de tuberías le dan el aspecto de un corazón gigante. Me hace pensar en los intestinos de una ballena que aparecían en un libro ilustrado que leí hace mucho tiempo.

Después de atravesar un pasadizo abre una puerta al fondo y a ambos lados del pasillo estrecho que se abre tras él están los camarotes de la tripulación. Huele a recién pintado. Las mesas y las camas a estrenar están protegidas con un plástico transparente. Sigo a Ushio, que avanza sin vacilar y, cuando entramos en la habitación del fondo, me sorprendo. Se trata de un comedor en penumbra donde unos hombres de piel morena beben alcohol sentados en sillas también protegidas por plásticos. ¿De qué país serán? Son cinco, están borrachos y hablan a voces, pero soy incapaz de entender lo que dicen.

—Son los tripulantes filipinos. Lo están preparando todo para la botadura.

En cuanto nos ven guardan silencio y nos miran cautelosos, pero cuando reconocen a Ushio por la ropa de trabajo comprenden que se trata de un empleado del astillero y le saludan. Él les devuelve el saludo, abre la puerta en el extremo opuesto del comedor y sube unas escaleras. Avanzo a pasos rápidos hasta allí, como si escapara de sus miradas.

Subo tratando de no pensar en nada por unas escaleras estrechas por donde apenas cabe una persona. El sonido de nuestros pasos me recuerda a los del caballo.

¿A dónde vamos?

Estaba helada hasta ahora, pero al fin he entrado en calor e incluso me sobra el plumas. Tengo la espalda empapada en sudor. Respiro agitadamente, el corazón me late a toda velocidad. Se me nubla la vista y me siento a punto de caer de rodillas al suelo. Solo entonces Ushio se detiene.

—Ya hemos llegado.

No me he dado cuenta, pero resulta que ya no hay más escaleras, estamos en la parte más alta del puente. Ushio me sonríe y abre una puerta al fondo.

La brisa se cuela con un estruendo y me sacude el pelo. Me bajo la cremallera y noto cómo el aire frío penetra hasta los pulmones. Se me despeja la vista.

Frente a mis ojos se extiende la cubierta recién pintada de rojo que refleja las luces de posición de las grúas.

—Estamos a setenta metros de altura. Tenga cuidado.

Ushio se dirige hacia la proa del barco. Camino despacio para no resbalar.

—Siempre que entregamos un barco me entristezco, y este me gusta especialmente.

Mientras camina dirige su mirada hacia los talleres del astillero, más abajo, al otro lado de la barandilla.

—Ya sabía que antes o después se lo llevarían.

En el dique contiguo iluminado con luces naranjas ya ha empezado la construcción del nuevo portacontenedores. Se ve el corte de una sección completa expuesta al viento.

—Es extraño, ¿verdad? Desarrollar apego por los barcos. Pero yo creo que usted me entiende, señorita Setoguchi.

Me habla sin darse la vuelta para mirarme. Asiento. Tal vez ha intuido mi movimiento y por eso susurra:

—Me alegro.

Avanzamos despacio hacia el centro de la cubierta evitando las maromas adujadas en el suelo. De pronto mira hacia abajo. Cuando le alcanzo miro yo también hacia allí.

Es una boca abierta a la oscuridad.

—He oído que, tal vez, la empresa va a iniciar una investigación.

En mitad del barco hay una enorme cavidad donde se estiban los minerales, como si se tratase de un agujero negro. Miro dentro y tengo la impresión de que va a surgir un monstruo. Me quedo paralizada. Una inesperada ráfaga de viento que emerge de las profundidades me hace tambalear. Tengo frío, me tiemblan las rodillas.

—No se preocupe, basta con que lo devuelva todo antes de que se den cuenta.

Ushio habla sin apartar los ojos de la oscuridad.

—Dígame si puedo ayudarla en algo.

Le miro de perfil. Sus ojos clavados en las profundidades brillan con el reflejo del parpadeo de las luces de posición de la grúa. Sopla un viento frío que ondea la bandera izada sobre el puente de mando.

Pac, pac, pac, pac.

Si llegase a caer en ese agujero moriría en el acto.

—Me gustaría ayudarla.

Pac, pac, poc, poc, pac, pac, poc, poc.

De ocurrir tal cosa nadie conocería mi delito.

Contengo la respiración y me acerco a él por la espalda. En ese preciso instante se da media vuelta y me mira. Le devuelvo la mirada y contengo la respiración.

Veo un caballo negro en sus ojos. Me mira fijamente en mitad de una carretera en plena noche.

Pac, pac, poc, poc, pac, pac, poc, poc.

Me abalanzo sobre su pecho.

Sorprendido, da dos o tres pasos atrás. Escucho el golpeteo de los intensos latidos de su corazón. Su cuerpo grande y robusto se tambalea y sus tobillos chocan con el borde del depósito de mineral. Me abrazo a su cuello, le arrastro lejos de ahí. Mi cuerpo se mueve ajeno a mi voluntad, como si lo manejase el caballo reflejado en sus ojos.

Pac, pac, poc, poc, pac, pac, poc, poc.

Estoy encima de él. Le beso.

Me despierta un ruido al otro lado de la puerta del apartamento. Oigo unos pasos en las escaleras de hierro al otro lado del tabique.

Cuando los pasos se desvanecen oigo el insistente golpeteo de una gota de agua en el fregadero que se escapa del grifo de la cocina.

Pac, pac, pac, pac.

Suena como los pasos del caballo.

Pac, pac, poc, poc, pac, pac, poc, poc.

Canturreo al compás de las gotas y pienso en Strada. No puedo seguir cantando. La melodía se extingue como una vela cuando se consume. Estiro el brazo sin levantarme de la cama para alcanzar el móvil: unos hombres amenazan a un pervertido; un *youtuber* se disculpa por algo que no se llega a entender; un anuncio creado por inteligencia artificial ofrece inversiones fáciles con suculentos beneficios… Navego por un océano de imágenes y palabras sin dejar de pasar pantallas cuando recibo un mensaje:

Gracias por lo de hoy.

Parecen las palabras de un novio.

Me gustaría que nos viésemos otra vez a solas.

Me resulta demasiado cercano, pero al menos me ayuda a comprender que lo ocurrido esta noche no ha sido un sueño.

Leo en la oscuridad y recuerdo: el olor a tabaco de su aliento, el tacto áspero de sus dedos, el dolor de mi cuerpo bajo su peso al recibir sus embestidas, ese gesto grotesco al alcanzar el orgasmo.

Me gustaría ayudarte.

Sus palabras me resultan avasalladoras. Dejo los mensajes para volver a internet como si así me los sacudiese de encima. Tecleo: «Desfalco».

Un trabajador del ayuntamiento se apropia indebidamente de las ayudas sociales; un concejal roba los fondos de una asociación vecinal; una agente de seguros crea falsos contratos; un profesor se queda con el dinero del viaje escolar de sus alumnos.

Me sorprende la cantidad y la variedad de los delitos relacionados con malversación, si bien el motivo último de todos ellos suele ser parecido: apuestas, bebida, mujeres. Nadie ha cometido un delito de esas características por un animal. Si me detienen y publican que todo cuanto he hecho ha sido por un caballo estoy convencida de que todo el mundo se reirá de mí. Pulso varias veces la pantalla y veo la fotografía del autor de un delito por desfalco de una cuantía de dinero parecida a la mía: cinco años de prisión. ¿Me esperará Strada durante todo ese tiempo?

Salgo desnuda de la cama y abro el armario. Saco una caja naranja escondida al fondo. La abro y dejo encima del tatami el bolso negro fabricado con el mismo cuero de la silla de montar.

Cuando me domina la inquietud lo acaricio para calmarme. El olor del cuero, su tacto, me consuelan. Hoy, sin embargo, cuanto más acaricio el bolso más triste me siento.

Lo siento.

La visión del futón desordenado a mi lado provoca que me sienta mal por él.

Me gustaría verlo.

Meto la ropa interior en la lavadora y busco algo limpio en el armario.

Cuando estoy a punto de llegar al Club Hípico Mugikura empieza a lloviznar. Todo está oscuro a mi alrededor. En ese lugar a medianoche ni siquiera están encendidas las farolas de la calle y no alcanzo a ver cinco metros por delante de mí. Me guío por el haz de luz del escúter, donde la lluvia parece vagar como si se tratase de una nube de insectos.

Dejo el Club House a un lado y me dirijo a la cuadra con el tejado medio vencido. Justo al lado hay un edificio nuevo a medio construir. Los cimientos y la estructura están casi terminados. Solo falta el tejado. En cuanto lo terminen, Strada estará mucho más cómodo. Para ganar, además de entrenar duro, es necesario disfrutar de un buen descanso en un lugar en condiciones.

Entro en la vieja cuadra. El olor a animal se potencia tan pronto se borra todo indicio de presencia humana. Los caballos dormitan. Tan solo se escucha el ruido que hacen al rumiar, sus respiraciones, el golpeteo de los cascos contra el suelo. Avanzo a tientas hasta el fondo y llego al box de Strada. Está vacío.

—¿Dónde estás?

Noto como si la sangre hubiera dejado de fluir por mis venas. Echo a correr. Me tropiezo con algo en la oscuridad y me caigo al suelo. Noto olor a excrementos.

—¿Dónde estás?

Me arrastro fuera por el suelo cubierto de paja.

Voy hasta la pista sumergida en la oscuridad tratando de entrever su silueta. Unas nubes gruesas ocultan la luna. La luz de la moto no alcanza hasta allí. Tan solo escucho el ruido de mis propios pasos y ya ni siquiera alcanzo a ver unos metros por delante. Los zapatos se hunden en la tierra embarrada. Me da miedo volver y avanzo por el barrizal con los pies congelados. No puedo volver atrás. Me pregunto si aún existe el mundo a mi espalda. Escucho un suave relincho a lo lejos. Aguzo el oído en dirección a ese sonido viril.

—¿Strada?

Me llega otro relincho a modo de respuesta.

Aguzo la vista hacia allí. Poco a poco mis ojos aprecian la silueta de un caballo negro azulado que surge de la oscuridad. Ha venido a buscarme. Ha venido porque me he perdido en la negrura.

La silueta se acerca despacio. La escena despierta en mí añoranza. Ya la he visto en algún momento. Me recuerda a un teatro de sombras.

—¡Ah, Strada!

Me abrazo a su cuello en cuanto aparece.

«Me alegro de que hayas venido a verme», me dice con un relincho. La sangre que fluye por su cuello me calienta el cuerpo congelado. Su olor a leche dulzona me envuelve y calma mi corazón.

De pronto resopla y echa a andar. Le sujeto por el cabezal y me dejo guiar por él. Me pregunto si irá a algún sitio en concreto. El cabezal es nuestro nexo. Si lo suelto ya no podremos estar juntos.

Resopla de nuevo e indica con un movimiento del cuello un lugar más allá de la oscuridad. Miro hacia allí.

Entreveo sombras difusas como si se tratase de una pintura china. Son las siluetas negras y rojas de otros caballos, las sombras azuladas de los árboles meciéndose en silencio.

La oscuridad que tanto me atemoriza se transforma con él en un hermoso mundo en armonía.

—Ese es el mundo que ven los caballos.

Una voz estridente resuena en la oscuridad. Se trata de una sombra humana de un color indefinido entre el negro y el rojo. Se acerca.

—Los colores persisten aún en la oscuridad.

La sombra negra y roja se planta delante de mí apoyada en un bastón.

—Como la sangre circula por nuestros cuerpos, se nos ve en un tono rojizo. Los árboles, por el contrario, pasan del negro a un tono azulado.

Agacho la cabeza con la intención de disculparme por lo intempestivo de mi visita. A pesar de estar tan cerca el uno del otro no llegamos a vernos las caras.

—La oscuridad no significa vacío. Por el contrario, permite oír cosas que con la luz no se aprecian, oler aromas que nos pasan inadvertidos.

La sombra que se apoya en el bastón se acerca a Strada.

—Al parecer sabía que ibas a venir.

Strada relincha como si respondiera afirmativamente. No alcanzo a verla, pero oigo el murmullo de la mano de Mugikura al acariciarle.

—Estaba muy alborotado a medianoche. No es habitual en él y por eso le he sacado, para que se mueva.

Lo sabía. Capta mis sentimientos. Siento como si me consolase y me apoyo en su cuerpo caliente. En algún momento ha dejado de llover. Los dos pegados contemplamos el cielo oscuro que empieza a adquirir tonos morados.

—Pareces *Oshira-sama*.

Mugikura suelta una risilla y recita:

—Érase una vez un campesino pobre. No tenía mujer, tan solo una hija muy bella y un caballo. La chica quería mucho al animal y por las noches iba al establo para dormir a su lado. Finalmente terminaron por casarse.

Mugikura ha debido de captar mi interés y termina de contarme la historia de la mujer que se convirtió en la esposa de un caballo.

Cuando el padre supo que su hija se había casado con el animal lo sacó del establo y lo ahorcó de una morera. La hija, al enterarse, abatida por la tristeza, corrió a la morera y lloró abrazada al cuerpo del caballo muerto.

Se trata solo de un cuento, pero se me encoge el corazón. Abrazo a Strada para confirmar que está vivo y él pone sus labios encima de mi cabeza. Siempre estaremos juntos. Sus pensamientos alcanzan directamente mi corazón.

Mis sentimientos solo tienen sentido con él porque cuando estoy rodeada de otros seres humanos, en realidad ni siquiera sé lo que siento. Si Strada no existiese no sabría cómo vivir, en qué confiar.

Mugikura continúa con el cuento mientras observa el cielo cada vez más encendido.

Al ver a su hija abrazada al animal el padre se enfadó mucho y decidió cortarle el cuello. El caballo voló entonces por los aires con la joven aferrada a su cuello, y fue así cómo juntos se transformaron en una deidad a la que llamaron Oshira-sama.

—No sabría decir si es una historia triste o feliz.

Cuando Mugikura termina de contar el cuento mira a Strada con sus ojos transparentes, como si le acariciase. En las pupilas brillantes del caballo se refleja el cielo que empieza a clarear. Con su gesto fresco parece dar a entender que todo está limpio, recién lavado.

—De todos modos, solo los humanos pensamos en la tristeza o en la felicidad. En ese sentido, nuestros sentimientos son demasiado exagerados, en especial para los caballos. Quiero decir, si a un perro o a un gato le quitas lo que está comiendo se enfada, ¿verdad? Los caballos no.

En el horizonte se retiran las nubes para dar la bienvenida al sol. Strada corre hacia la poderosa luz y de pronto se detiene, relincha, se pone de manos.

—Pero… Ahora parece feliz.

Mugikura ríe y Strada se da media vuelta, como si ejecutase un paso de baile. Tanto la hierba empapada de lluvia como el pelo del animal resplandecen bajo los primeros rayos de luz.

Contengo la respiración. ¿Cómo podría expresar este sentimiento que está a punto de desbordarme?

—No hace falta que lo digas con palabras —se adelanta Mugikura, que observa al caballo a mi lado.

La mayor parte de las cosas de este mundo no se pueden expresar con palabras.

Contemplo el cuerpo negro de Strada mientras galopa iluminado por la luz de la mañana a medida que se vuelve más blanca. No tengo conciencia del paso del tiempo.

III

Los cuerpos de los caballos diseminados por la pista de calentamiento desprenden un vapor blanco.

Son alrededor de diez magníficos ejemplares, todos ellos de gran porte, con arreos de primera categoría y allí esperan su turno para la competición. Casi todos vienen de clubes famosos y sus jinetes cuentan con una experiencia que no es comparable con la de quienes solo participan en competiciones provinciales.

Una nube gris oculta el sol. La pista de competición se ensombrece como si atardeciera a pesar de que todavía es mediodía.

El cielo se cubre de destellos… Después de calentar a Strada, Shintani se acerca a la valla y mira hacia arriba. Las nubes de una tormenta invernal han terminado por cubrir la totalidad del cielo que, cada vez más a menudo, se ilumina con los resplandores.

—Lo mejor sería dejarlo. Se le nota nervioso, no deja de sacudir la cabeza.

Mugikura no aparta los ojos de Strada, que resopla sin cesar a intervalos regulares. Acaba de renunciar un caballo después de montar un buen alboroto en la pista de calentamiento.

—Strada está bien, quizá un poco más pesado de lo normal, nada más.

Shintani habla alto para que el trueno que acaba de sonar no apague su voz.

—Si renunciamos ahora lo echaremos todo a perder —dice dirigiéndose a mí como propietaria del caballo.

La gente de otros clubes nos mira. Tal vez intuyen que algo pasa.

Para optar al primer premio en un torneo nacional como este he tenido que gastarme una considerable cantidad de dinero. Hemos adaptado para salto la pista del club, hemos arreglado la cuadra

para dotarla con todas las comodidades, he duplicado el salario de Shintani para que pueda entrenar cinco veces por semana. Las formas física y mental de Strada han mejorado mucho. No tuvo suerte en las carreras, pero ahora tiene la oportunidad de lucirse en una competición de salto. Él mismo tiene ganas de hacerlo. No podemos renunciar a esta oportunidad.

—Lo que pasa es que estás demasiado entusiasmada —me advierte Mugikura como si comprendiera mis sentimientos.

Strada, por su parte, parece entenderle a él y sacude la cabeza en lo que parece un gesto de protesta.

—Entre la valentía y el miedo no media mucha distancia, y en una situación como esta no darse cuenta puede ser un verdadero problema.

—Escuche, jefe —interviene Shintani desde la silla—. ¿Por qué no confiamos en él?

Parece salir en mi ayuda como si también él intuyera cómo me siento.

—Tendré cuidado con él.

Mugikura le lanza una mirada furiosa y después me mira a mí con sus pupilas veladas.

—Al fin y al cabo… es tu caballo, decide tú.

Exacto. Strada es mi caballo. Solo yo le entiendo y, para confirmar que no me equivoco, le acaricio la frente. Noto el pulso de su sangre caliente. Quiero ganar. Me transmite su deseo a través de la yema de los dedos. Confía en mí, me dicen sus pupilas. Es cierto, ha entrenado muy duro y me gustaría que participase.

Me abrazo a su cuello. Los latidos de su corazón se superponen a los míos y marcan un ritmo agradable.

Pac, pac, poc, poc, pac, pac, poc, poc.

«Confío en ti. Saltaremos juntos». Le transmito mi pensamiento y él resopla como si me susurrase: «Gracias».

Unas gotas de considerable tamaño empiezan a golpear el tejado de zinc que nos protege. Por megafonía anuncian el turno de Strada.

—Vamos.

Shintani le jalea, sale de la pista de calentamiento y se dirige a la de competición. Atenta al golpe seco de los cascos en el suelo de hormigón, camino a su lado y ajusto mis pasos a los suyos. Un jinete con el pelo blanco montado en un caballo más alto que Strada nos mira al cruzarse con nosotros como si quisiera intimidarnos. Los relámpagos atraviesan las nubes que ocultan el monte Fuji y, unos segundos después, el bramido de los truenos alcanza de lleno la pista. Los caballos en la pista de calentamiento se asustan y echan a correr atemorizados. Uno de ellos se desboca y se pone de manos. La inquietud se contagia de unos a otros, los relinchos no dejan de sucederse.

—¡Vaya!

Por alguna razón me acuerdo de pronto de la voz atiplada de Miu.

Ayer se presentó de improviso en la oficina del sindicato. Echó un vistazo al interior de la caseta revestida de viejas planchas de madera contrachapada y, como un perrito, se puso a dar vueltas por aquí y por allá.

—¡Todavía existen lugares tan retro como este! No lo imaginaba.

Después de fijarse en la bandera roja donde se lee: «Sindicato del astillero Sakamaki», se acercó a la estantería y empezó a sacar viejos archivadores.

—Actas de la reunión para la revisión del convenio colectivo. Actas de la reunión para la revisión del convenio del sistema de seguridad social para trabajadores del sector metalúrgico… ¡No entiendo nada!

Abrió uno tras otro todos los archivos organizados por mí a lo largo de los diez últimos años. «Cálculos de horas extra». «Actas de la reunión de delegados sindicales». «Observaciones del comité de seguridad e higiene».

—¿Has hecho tú todo esto, Yūko-san?

Asentí con una ligera sonrisa en los labios. Daba igual. Todos los documentos que podían incriminarme habían desaparecido.

—¿Tanto trabajo hay? No tengo la suficiente confianza en mí misma como para poder abordar toda esta tarea.

Miu se dirigía a Ushio detrás de mí en un tono coqueto.

—La señorita Setoguchi continuará un tiempo, así que el traspaso será poco a poco.

Oí una voz sorda a mi espalda. No le veía la cara, pero estaba convencida de que sonreía y mostraba sus dientes amarillentos como de costumbre.

—¿Qué es esto? ¡Menuda caja fuerte más enorme! ¿Puedo abrirla? Mmmh… ¿Cómo se abrirá esta cosa?

Empezó a girar el dial de cualquier manera.

—Cinco, nueve, seis, tres…

Ushio se acercó a mí sin que me diera cuenta y se rio amargamente. Desprendía un olor mezcla de aceite usado y sudor. Con su mano derecha me agarraba por la cintura con toda naturalidad.

El estallido de un trueno lejano, un ruido seco como el de las grandes planchas de acero cuando las arrastran, me hace volver en mí.

Shintani se pone en pie sobre los estribos y Strada sale al galope. La pista está empapada después de varios días sin dejar de llover. A pesar de hundirse logra vencer el primer obstáculo. Está empapado, parece pesar más de lo normal, pero aterriza bien, aunque salpica el barro. El pantalón blanco de marca de Shintani por el que he pagado ciento sesenta mil yenes se tiñe de marrón en un segundo. En el cielo encapotado se dibujan rayas luminosas a modo de vasos capilares. Strada se asusta con un ruido similar a la explosión de un petardo y se para en seco sin alcanzar el siguiente salto. Shintani le golpea con la fusta y en la pista resuena un relincho de protesta que se suma al bramido de los truenos.

Protegida por el chubasquero miro a Strada como si le implorase. De pronto, empieza a galopar desesperadamente. Un rumor se extiende entre los espectadores, pero la capucha de vinilo consigue amortiguarlo a pesar de lo cual me llega entremezclado con la advertencia de Ushio: «Yo no estoy de acuerdo…».

Cuando Miu se marchó de la oficina del sindicato, Ushio se acercó con un gesto en el que se mezclaba la lástima y la resignación.

—Los jefes quieren que te sustituya la señorita Unosawa.

En algún momento había empezado a tutearme con naturalidad, a llamarme por mi nombre de pila. Estábamos los dos solos, pero él se tomó la molestia de acercarse a mí para que pudiera oírle mejor.

—De todos modos, no te preocupes. He pedido que sigas a cargo de la contabilidad durante un tiempo porque imagino que la señorita Unosawa no aguantará mucho antes de darse por vencida.

Cuando estaba a punto de marcharme, la mano ennegrecida de Ushio se posó sobre mi hombro.

—La empresa me ha pedido que inicie una investigación, pero yo les he dicho que por mi parte no hay nada que investigar, así que estate tranquila, Yūko.

Sin saber qué responder me limité a elevar la comisura de los labios y él respondió con el mismo gesto. Sus ojos me miraban como los de un predador cuando localiza a su presa.

—A lo mejor esta noche voy a tu casa.

De pronto, un relámpago cegador cruza el cielo. Sin tiempo siquiera para pensar si la tormenta está cerca o no, estalla un trueno que casi revienta los oídos.

«¡Para!». Un instante antes de pensarlo resuena un relincho que parece más bien un grito. Strada se pone de manos y derriba a Shintani. Su cuerpo agitado salpica agua por todas partes. Shintani, boca arriba en el barro, no se mueve. Strada galopa más ligero, como si se hubiera vuelto loco, choca con uno de los obstáculos y el impacto de su cuerpo de más de quinientos kilos derriba tres gruesos tablones, los pisa y cae sobre la pista, que se ha convertido en algo parecido a un pantano.

Un relámpago fulgurante ilumina el cuerpo del caballo caído en el suelo, cuyas patas no dejan de convulsionarse.

«¡Strada!», grito. El estruendo de la tormenta, sin embargo, silencia mi voz. Me sacudo de encima la mano de Mugikura que trata

de contenerme y me dispongo a saltar la barandilla, pero me resbalo y caigo de bruces. Escupo el barro que me ha entrado en la boca, me levanto y corro hasta Strada. Mis botas de montar recién estrenadas se hunden hasta los tobillos y avanzar me resulta muy penoso. Me deshago de ellas, me quito incluso los calcetines y corro descalza hasta Strada.

Relincha débilmente, forcejea para tratar de ponerse en pie en mitad de ese pantano sin lograrlo.

«¡Strada!».

Le acaricio con cuidado el cuello. No deja de temblar. No oigo su voz, no oigo esa melodía suya que hasta ahora me ha llegado con tanta naturalidad. En cuestión de segundos ha desaparecido todo rastro de vitalidad de sus pupilas negras. Su cuerpo empapado se enfría, las fuerzas le abandonan poco a poco. «Strada, Strada, Strada».

Mis gritos, sus débiles relinchos, el chapoteo de los hombres que se acercan… Lo escucho todo apenas, como si estuviera sumergida bajo el agua. Siento como si se lo hubiera tragado un pantano sin fondo y no dejo de llamarlo por su nombre sin separarme de él.

Un robot de forma cilíndrica que sustituye a los camareros se acerca con la comida deslizándose por el suelo. En la pantalla que ocupa su frente aparece la cara de un gato, sus ojos redondos se mueven a izquierda y derecha como si de verdad mirase a su alrededor.

—¡Mira! ¡Un gatito!

Una niña sentada en una silla alta extiende el brazo hacia él con unas patatas fritas con kétchup en la mano. El robot se detiene justo delante de ella, le sonríe y avanza después de evitarla.

Después pasa frente a mí con la musiquilla electrónica que sale del altavoz que lleva incorporado.

—Me pregunto cuál de los dos será más inteligente.

Mikoshiba está sentada frente a mí. Se ha pedido una hamburguesa con nabo rallado al estilo japonés y mira alternativamente al joven que tiene a su lado y al robot.

—¡Junko-san! Eso que dices en muy cruel. Después de todo soy un estudiante universitario.

El joven se atraganta con los espaguetis. Mira al robot con sus ojos pequeños en forma de bellota medio ocultos entre la cortina de su flequillo ligeramente ondulado. Tiene la nariz grande y la boca bonita, pero sus rasgos están ligeramente desordenados y producen una impresión de discordancia.

Cuando se detiene en la mesa de al lado, el robot se gira despacio hasta mostrar uno de sus laterales. El cilindro que lo forma está dividido en cuatro secciones y en una de las bandejas iluminadas con una luz led hay un *omurice.* El hombre de mediana edad que la ocupa alarga la mano con un gesto impaciente. Cuando retira el plato el robot le guiña un ojo, da media vuelta y regresa a la cocina.

—Fíjate, Inui-kun. ¿Serías capaz de trabajar así, con esa dedicación?

—Pues tal vez no.

—¿No podrías competir siquiera un poco con él?

—Es que… Para ser sincero, todos los trabajos que nos ponen en la universidad los hago con la ayuda de una aplicación de inteligencia artificial.

Los labios y los ojos de Inui no dejan de moverse mientras se termina los espaguetis.

—¡Oye! No hables mientras comes.

Mikoshiba le limpia con la servilleta la boca manchada de salsa boloñesa.

—Gracias.

Inui deja a Mikoshiba libertad para hacer lo que quiera. De los lóbulos de sus orejas penden dos pendientes en forma de herradura como los de ella.

—Siento haberte traído a un lugar como este. He llevado a Inui a muchos buenos restaurantes, pero siempre dice que donde mejor se come es aquí.

Sacudo la cabeza para disculparla y empiezo con la ensalada de magro de pollo y setas que apenas he tocado.

—Mira, otra vez te has manchado la camisa. No sirve de nada comprarte cosas caras.

—Pues entonces cómprame una nueva.

Sentada delante de esos dos parecen juguetear sin fin, no sé dónde mirar hasta que al fin dirijo la vista hacia la ventana en mitad de la pared pintada a rayas.

Un coche pequeño, un camión, un autobús, otro coche pequeño. Sobre el asfalto están pintadas las líneas que ya me he acostumbrado a ver. Todos los vehículos avanzan a la misma velocidad, a una distancia invariable, como si en realidad estuviesen sobre una cinta transportadora.

Desde aquel día conduzco a diario el escúter por esta carretera y cuando quiero darme cuenta ya estoy en el astillero. Es posible que también yo vaya sobre una cinta transportadora sin darme cuenta.

El día de la competición Strada cayó en mitad de la tormenta y quedó inmóvil. Por fortuna, no se rompió ningún hueso y pudo evitar lo peor, pero sufrió una grave lesión en los ligamentos. Tras consultar con el veterinario de la competición decidimos dejarlo descansar un tiempo en una cuadra no muy lejos de allí.

El fin de semana he ido al club a dejar todas las cosas de Strada. Estaba todo manchado de barro y la silla tenía un corte profundo. Al pasar los dedos por encima del corte me ha parecido oír de nuevo el relincho de Strada, el tumulto en las gradas, y he tenido que sentarme en el sofá porque me he quedado sin fuerzas. Entonces ha entrado Mikoshiba, que justo ha terminado de montar a su caballo.

—Yūko-san, ¿comemos juntas?

La invitación me ha pillado por sorpresa y cuando he querido darme cuenta iba detrás de su SUV rojo con el escúter. Unos minutos más tarde ha puesto el intermitente para entrar en el aparcamiento de uno de esos restaurantes de franquicia que se ven por todas partes. Nos hemos sentamos a una mesa junto a la

ventana y enseguida ha entrado un joven con una camisa blanca y una sudadera con el logo enorme de una marca de lujo. Ha echado un vistazo a su alrededor y en cuanto ha visto a Mikoshiba ha sacudido la mano despreocupadamente y se ha sentado a su lado.

—¿Una amiga del Club Hípico? —le ha preguntado.

No sé por qué, pero me ha ofrecido la mano y yo he respondido a su gesto un tanto retraída. El joven ha tomado mi mano derecha entre las suyas con una actitud desenvuelta, como si estuviera acostumbrado a hacerlo, y entonces Mikoshiba me lo ha presentado.

—Es mi amigo, Inui-kun.

—¿Por qué no dice nada?

Inui se ha pedido una copa de helado de fresa que le sirve enseguida el robot y me mira con sus ojos pequeños.

No sé qué responder y me limito a devolverle una sonrisa amarga. Por su parte sigue hablando como si nada.

—¿Le ha pasado algo? ¿Por eso no quiere hablar?

—Ya hablas tú por todos nosotros. De hecho, no te callas.

Mikoshiba sale en mi ayuda y le roba la fresa que corona el helado para llevársela a la boca en un abrir y cerrar de ojos. El robot guiña un ojo, se da media vuelta con la bandeja vacía y se marcha.

—No me gusta el silencio. Los más veteranos siempre se enfadan cuando uno se queda callado porque según ellos no hay que dejar espacio al silencio.

—No se trata de música barroca.

—¿Qué es eso?

—Eres más tonto que un caballo.

Inui se pone a hacer payasadas imitando los gestos de un caballo y, por mucho que ella le ofenda, él sigue adelante con aire divertido.

—Es cierto, hay muchas clientas que no hablan cuando vienen al local donde trabajo. Las hay que se quedan calladas las cuatro horas que pagan y se limitan a escucharme.

—Pues ahora tienes la oportunidad de callarte un poco.

—Va…

—¿Qué quiere decir «va»?

—Vale.

—¿Por qué cortas la palabra a la mitad?

Inui apoya la cabeza en Mikoshiba, que ríe amargamente.

—Voy por algo de beber. ¿Quieres algo?

—Sí, un té rooibos, por favor. ¿Tú quieres algo, Yūko?

Sacudo la cabeza y el chico se levanta para dirigirse al *drink bar* esquivando al robot.

De pronto han desaparecido las palabras de la mesa y puedo prestar atención a los ruidos a mi alrededor. De la mesa de al lado se ha levantado el hombre de mediana edad y la han ocupado enseguida un extranjero con rastas acompañado de una mujer muy maquillada. El hombre habla en inglés y la mujer le contesta en japonés. No hay forma de saber si se entienden o no, pero lo cierto es que la conversación fluye como si nada.

¿Por qué me habrá invitado?, me pregunto. ¿Para enseñarme a su *boyfriend*? No le hace falta presumir de él conmigo. Cualquier cosa me vale. Durante el tiempo en el que estamos solas miro a mi alrededor sin saber bien qué hacer.

Delante de la cocina hablan tres empleados con los delantales puestos. Como la mayor parte de los clientes pide y paga la cuenta con las *tablets* que hay en las mesas, no parece que tengan mucha más ocupación que recoger los platos o poner los que salen de la cocina en las bandejas del robot.

—Parece que se aburren… —murmura Mikoshiba como si me hubiera leído el pensamiento.

—¿Qué necesidad hay de usar un robot como camarero? A mí se me quitan las ganas de comer porque me da la sensación de que me sirve una de esas aspiradoras automáticas. Además, no me parece bien que ahorren tantos costes en personal.

Precisamente, en la espalda de los dos robots que no dejan de trajinar entre las mesas hay una pegatina donde se puede leer: «Se busca personal».

—Estamos en una era en la que son los robots quienes buscan empleados. Parece una cosa de risa —vuelve a decir como si, de nuevo, hubiera leído mis pensamientos.

Me pregunto si por el hecho de montar a caballo se desarrolla un sexto sentido o algo así, o si se trata solo de una especie de empatía entre amazonas.

—Con un robot no hace falta preocuparse de horarios, y encima no se quejan. De hecho, los únicos simpáticos en este restaurante son ellos.

Mikoshiba mira a la mesa que se encuentra en nuestra diagonal. Un padre y sus dos hijos comen juntos. Delante tienen un plato de curry, un gratinado de arroz, y un cuenco de *udon*. Después de sorber unos cuantos fideos, el padre se dedica a mirar el móvil.

—Me pregunto por qué los hombres son tan aburridos. Mi marido es incapaz de decir una sola cosa divertida, pero es muy orgulloso y por eso se permite el lujo de no escuchar nunca lo que digo. ¿Cómo puede ser abogado alguien así?

Frente a su padre, que no deja de mirar el móvil, los chicos no cruzan siquiera la mirada entre ellos, se limitan a llevarse la cuchara a la boca una y otra vez. No me parece que haya mucha diferencia con las vacas que pacen con la cabeza metida en los pesebres.

—No hay nada como los caballos, ¿no crees? Se gasta una un montón de dinero para mantenerlos, pero lo compensa la conexión total con ellos.

Mikoshiba parece esperar una respuesta afirmativa por mi parte. Asiento. En efecto, solo Strada me entiende a mí.

—Inui es feo y encima aburrido, ¿no te parece?

Me quedo perpleja por lo inesperado del comentario, y no puedo evitar mirar hacia el *drink bar*. Con una Coca Cola en la mano derecha y un té rooibos en la izquierda, vuelve a la mesa con una amplia sonrisa en los labios.

Mikoshiba continúa mientras juguetea con uno de sus pendientes en forma de herradura.

—Es gigoló, pero como no tiene ningún éxito me hago cargo de él. La primera vez que se sentó a mi lado me sorprendió porque no se callaba, pero sus temas eran tan aburridos que me dieron ganas de suicidarme. El caso es que después de varias veces me encapriché de él. Da igual si le ignoras o le maltratas porque él va a seguir como si nada. ¿No te parece increíble?

Mikoshiba baja el tono de voz y suelta una risilla. Veo a un hombre vestido de negro que entra después de abrir la puerta violentamente. Le sigo con la mirada para tratar de averiguar de quién se trata. Lleva una mochila grande a la espalda. Pasa frente a la caja y se dirige a la cocina donde recoge un pedido metido en una bolsa de plástico. Debe de ser un *ryder* que ha venido tras recibir un mensaje de una aplicación. Desde que entra hasta que se marcha no pasan más de treinta segundos. Entre los camareros y él no se ha producido ningún tipo de intercambio.

—Los caballos son lo más importante para mí porque son cariñosos e inteligentes. Quiero mucho a Alek y a Rose. A pesar de todo… A veces necesito las palabras. Inui es más tonto que un caballo. No tiene éxito con las mujeres y ni siquiera sirve para el sexo, pero al menos habla mucho. Me habla y me habla, por mucho que sus palabras estén huecas.

—Siento haberte hecho esperar.

Inui vuelve y deja el té delante de Mikoshiba.

—Gracias.

—De nada. ¿No está demasiado aguado?

—Lo siento, ahora mismo te traigo otro.

—Siempre fallas en algo. ¿No será que eres un poco tonto?

—¡Qué cruel eres conmigo!

—Siempre te falta un punto, pero si lo juntamos todo a lo mejor te podemos dar un sobresaliente.

—Gracias.

—No es algo para alegrarse.

—¿De verdad?

Pac, pac, poc, poc, pac, pac, poc, poc.

Por encima de la conversación trivial escucho de nuevo la melodía de siempre. Noto el indicio de algo oscuro en la espalda de Inui y cuando aguzo la vista veo al caballo. Strada está frente al *drink bar* por donde van y vienen los robots y me mira con ojos humedecidos.

«¿Qué quieres beber?», me pregunta.

«No lo sé… Tal vez un café con leche».

Relincha suavemente: «De acuerdo».

Si viene a casa dormiremos juntos en mi cuarto estrecho. Por la noche, cuando me despierte, estará junto a la ventana mirando la luna. Me deleitaré en la contemplación de su silueta encantada y volveré a dormirme. Cuando me despierte desayunaremos juntos en la mesita de la cocina. Pelaré una manzana para él y también yo me comeré una.

«¿A dónde vamos?».

«Donde sea».

«En tal caso, vayamos al mar».

Antes de tener tiempo de pararme a pensar, Strada echa a caminar.

«Podemos ir donde queramos».

El camión para transporte de caballos donde se lee impreso en grandes caracteres rojos «Club Hípico Mugikura» se detiene frente al Club House.

Las puertas se abren de par en par y detrás aparece el caballo negro. Mira a su alrededor, sacude la cabeza a izquierda y derecha como si se hubiera reencontrado con un paisaje de añoranza. Miro fijamente sus patas de aspecto frágil cuando desciende lentamente por la rampa.

«Bienvenido…».

Me quedo sin aliento cuando la luz del sol ilumina la totalidad de su cuerpo. Su cuello antes tan fuerte se ve ahora delgado, y ha perdido el brillo del pelo. Ha desparecido la musculatura del pecho y se le notan perfectamente las costillas.

—Maldición… —murmura Mugikura con el ceño fruncido y los ojos clavados en Strada. Refunfuña. Veo sus dientes con fundas en oro.

—Qué bien, ¿verdad, Yūko-san?

Shintani se desliza entre nosotros dos.

—Parece que se encuentra bien, aunque está más delgado, cierto —dice con sus ojos almendrados ligeramente entornados para tranquilizarme.

Se acerca al camión para terminar de ayudarle a salir.

Mugikura habla con el veterinario que ha acompañado a Strada. Trato de captar lo que dicen, pero todo cuanto oigo es un rumor que no llega a formar palabras.

«¡Strada! ¡Strada!».

Lo llamo desde mi interior, pero él no me mira. Cojea de las manos. Por fin entra en la cuadra recién construida, casi demasiado limpia, demasiado blanca.

—No creo que pueda volver a competir —dice Mugikura sin dejar de acariciarle las costillas.

Nada más entrar al box, Strada agacha la cabeza y se queda inmóvil.

—Tiene los ligamentos de la mano derecha muy afectados. Es imposible que vuelva a saltar. Tal vez podría recuperarse si le operasen, pero eso costaría varios millones de yenes.

Strada tiene la cola caída, la mirada perdida en el vacío. Los caballos a su alrededor lo miran como si también a ellos les preocupase su aspecto.

Siempre ha sido un animal proclive a las lesiones, y ahora, por culpa del accidente, también está afectado psicológicamente y, aunque se recupere de la lesión, es imposible saber hasta qué punto podrá volver a galopar.

Entro en el box y le acaricio el hocico.

«Strada».

Sacude la cabeza como si quisiera evitarme.

«Strada, soy yo».

Sus ojos negros me evitan.

Saco el túper de la mochila y le ofrezco un trozo de la manzana que he pelado en casa. Lo mordisquea, pero se le caen algunos trozos por los lados.

«¿Me has olvidado?».

Acerco la mano temblorosa a su hocico y me evita.

—Seguro que… Encontrará otro caballo estupendo —dice Shintani a mi espalda como si ya no soportase más la tensión—. ¿Por qué no nos planteamos ganar ese torneo con un caballo nuevo?

Strada relincha suavemente como si las palabras de Shintani le hirieran.

Le doy una bofetada en la mejilla. Un sonido seco resuena en el silencio de la cuadra.

«¿Por qué tienes que decir eso delante de él?».

No entiendo la razón, pero cuanto más me enfado más se elevan las comisuras de mis labios. Sorprendido, Shintani abre mucho los ojos, exhala todo el aire de los pulmones y sonríe con mi mismo gesto.

—No se preocupe. Los caballos no entienden lo que decimos.

«El que no entiende nada eres tú».

—Yūko-san, ¿conoce la historia de «Hans el Listo»?

Su inesperada pregunta provoca que se eleven todavía más la comisura de mis labios. Me mira desde arriba. Seguramente piensa que mi sonrisa resulta muy poco natural y continúa con la historia:

—Se trata de la historia de un caballo en Alemania alrededor del año 1900. Se llamaba Hans y era capaz de calcular, leer letras y notas musicales. Un periódico de la época publicó un artículo sobre él, lo cual despertó un enorme interés en la gente, pero también hubo quienes sospecharon, y una serie de especialistas decidió realizar una investigación independiente. ¿Sabe con qué resultado?

Strada tiene las orejas echadas hacia atrás para no escuchar la voz de Shitani y no deja de mover la cabeza. A medida que su boca se abre y se cierra al hablar, un humo blanco brota de ella, asciende y enseguida desparece.

—Al contrario de lo que pensaba la mayoría de los expertos, no había trampa ni cartón. El descubrimiento del caballo de los milagros provocó una verdadera conmoción en todo el mundo. Pero un psicólogo persistió y terminó por descubrir la razón de aquello. El caballo comprendía el sentido de las palabras y acertaba con las respuestas cuando la persona que le preguntaba conocía también la respuesta. Por el contrario, cuando no la conocía él también se equivocaba. Es decir… No es que Hans entendiese las palabras, sino que interpretaba el estado emocional de las personas.

Entiendo más o menos lo que cuenta Shintani. En tal caso, ¿hasta qué punto nos menosprecia a Strada y a mí? Tiemblo de rabia, pero no dejo de sonreír como si un hilo tirase de la comisura de mis labios.

—Cuando la ve Strada corre hacia usted porque está entrenado para hacerlo.

No. Lo hace porque me espera.

—Si gira antes de que nosotros mismos pensemos en hacerlo, es solo porque conoce la ruta y reacciona antes de que se lo indiquen con las riendas o con la fusta. Es una forma de evitar la orden.

No entiende los lazos profundos que nos unen.

Pa ca, po co…

La melodía se me escapa de los labios temblorosos.

Shintani me dedica una mirada desdeñosa cuando me oye canturrear.

—Solo mira usted la parte amable de los caballos. Se está contando un cuento a sí misma. No son mascotas, son animales productivos, parte de una economía.

Pa ca, po co, pa ca, po co…

Agacho la cabeza y canturreo como si así pudiese borrar la voz de Shintani.

—¿Quién cree que limpia sus heces todos los días, la paja mojada de pis?

Su voz perpleja me llega desde arriba.

—No sé de dónde sacará usted tanto dinero, pero el corazón de un caballo no se gana con dinero. ¡Deje de actuar como si fuera su novio!

Grito y me abalanzó sobre él. Le araño su cara pálida. Recula asustado y se cae de culo sobre la hierba seca. Le sangra la mejilla.

—¡Déjalo ya! —grita Mugikura aturdido tratando de contenerme.

En ese instante, Strada relincha con fuerza y se interpone como si quisiera protegerme y el resto de caballos, solidarizándose con él, empiezan a relinchar, a golpear la puerta de los boxes.

Pa ca, pa ca, po co, po co.

¡Lo ves! Todos están de mi parte.

Me siento a horcajadas sobre Shintani, que no deja de sangrar. A pesar de todo, la sonrisa no se borra de su cara.

—Cuando usted no está… persigue a las yeguas —me espeta con sus labios finos.

¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!

Le doy o tres puñetazos sin que él se resista. Empieza a sangrar también por el labio.

Me llega el olor de la sangre mezclado con el de los animales. La boca me sabe a hierro, algo que no me ocurría desde hacía mucho tiempo.

Strada suelta un feroz relincho y golpea violentamente las patas contra el suelo.

Pa ca, pa ca, po co, po co, du, di, du, di, da, da.

Cuando quiero darme cuenta camino por el recinto del astillero a medianoche sin dejar de canturrear.

La luna llena ilumina una grúa que extiende su inmenso cuello hacia el mar. Esos gigantescos caballos de hierro inmóviles me observan con cariño.

Pa ca, po, pa ca, po.

Agarro el bolso hecho del mismo cuero de la silla y aprieto el paso. A un lado está el portacontenedores en construcción con las

tripas abiertas, y más allá atisbo la caseta prefabricada. Me apresuro todavía más.

Estoy convencida de que si le operan podrá galopar de nuevo, saltar incluso. Me da igual lo que pueda costar. No pienso resignarme, no voy a tolerar que esos hombres destruyan nuestro sueño.

Pa ca pa, po co po.

Doy un fuerte golpe a la puerta que se resiste a abrir y entro en la caseta. El suelo cruje. Me acerco a la caja fuerte y giro el dial. Cinco a la derecha, nueve a la izquierda, seis a la derecha y, por último, tres a la izquierda. La pesada puerta se abre y meto el brazo hasta alcanzar los fajos de billetes amontonados al fondo. Lo saco todo y lo meto en mi bolso de cuero.

Pa ca, pa, pa ca, pa po co, po, po co, po.

Los fajos de billetes desaparecen de la caja en apenas un segundo.

Vaya.

La visión de la caja fuerte vacía me hace reír. Qué desenlace más insípido.

La oscuridad del interior de la caja se superpone a la de las pupilas negras. Tengo la impresión de que la oscuridad me lo perdona todo.

Agarro el bolso mucho más pesado que antes y salgo de la caseta. Lo sujeto bien con ambas manos y camino sola por el recinto del astillero en plena noche. La silueta de la grúa bajo la luz de la luna se extiende bajo mis pies. Me persigue como si me protegiese.

Pa ca, pa, pa ca, pa po co, du, di, du, di, da, da.

Paso frente al edificio principal sin dejar de canturrear. De pronto, la boca del bolso hinchado con los fajos de billetes se abre y el cierre metálico cae hacia un lado como una lengua que empieza a marcar el ritmo: clac, clac, clac.

—¡¿Eh!? ¡Yūko-san! ¿Qué haces?

Una voz mimosa me llama.

Aturdida, me doy media vuelta y veo a Miu. Se me corta la respiración. La melodía desaparece. Noto en el cuello el frío de la brisa marina y un temblor me recorre el cuerpo.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

Miu está sonrojada, le cuesta pronunciar. Parece que ha bebido. Me pregunto si estaba otra vez con Fujii porque lleva la ropa de cualquier manera.

—Tienes un bolso muy bonito. ¿Qué llevas dentro?

Se acerca con pasos inseguros y una risilla en los labios. Pone la mano encima del bolso. Le grito y aparto su mano con un gesto violento. La sonrisa se borra de su rostro y me mira con ojos fríos.

—¡Ladrona!

Expulso el aire guardado en los pulmones y noto cómo se elevan las comisuras de mis labios.

¿Ladrona? ¿Yo?

—Te has quedado pálida, Yūko-san.

Se ríe a carcajadas y tira del bolso. Por la boca abierta empiezan a caer uno tras otro los fajos de billetes.

—¡Ladrona! ¡Eres una ladrona!

Una voz estridente muy distinta a la dulzura habitual resuena en mis tímpanos.

Yo no soy una ladrona. Este dinero es para mí, para que lo gaste como me parezca. Sois vosotros quienes me menospreciáis, quienes me robáis.

—¡Ladrona! ¡Ladrona!

Agarra con fuerza el bolso sin dejar de gritar. Me doblo sobre mí misma para protegerlo.

¡Plas! Suena un ruido sordo y veo el móvil encima del asfalto.

Lo alcanzo y con las manos temblorosas busco un vídeo para mostrárselo.

En la pantalla bulle la piel de unos cuerpos, resuenan gemidos casi animales en el silencio de una sala en plena noche.

Miu clava la mirada en la pantalla con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué es eso?

Se sienta en el suelo. En un abrir y cerrar de ojos las fuerzas la han abandonado.

Tan pronto como suelta el bolso me subo al escúter aparcado frente al edificio principal y arranco a toda velocidad.

Coloco el bolso hinchado sobre el regazo y avanzo por la carretera con mi escúter rojo. Empiezan a caer grandes copos de nieve que me ciegan la vista y me impiden ver incluso las luces de los vehículos que circulan delante de mí. Doblo la esquina donde está la oficina de préstamos exprés y avanzo por la carretera recta a oscuras. La nieve cuaja pronto sobre los campos y todo a mi alrededor empieza a adquirir un tono pálido.

Aparco el escúter frente al Club Hípico Mugikura. Todo está en silencio. Corro al interior de la cuadra sin soltar el bolso.

Del fondo me llega el tenue sonido familiar de un relincho.

«He venido a verte».

Me acerco deprisa a Strada y le acaricio el hocico.

Sus ojos negros me miran. Acerca la boca, me lame los dedos congelados y arruga el hocico.

Me duelen la yema de los dedos congelados al entrar en calor.

«¿Me has reconocido?».

Unas lágrimas cálidas cruzan mis mejillas también congeladas.

Strada se acerca. No puedo dejar de temblar. Tengo una confianza ilimitada en él. Sus sentimientos colman mi corazón.

Sollozo y me siento sobre la paja seca del box. Me abrazo a la silla que está a un lado, tan dura como si también se hubiera congelado. Soy incapaz de moverme.

Me olfatea el cuello y relincha triste.

Sus pupilas brillan. Están humedecidas. Comprendo que dentro de poco tendremos que despedirnos.

Se tumba como si quisiera envolverme porque no dejo de temblar. Desde la ventana pequeña de la cuadra veo la nieve que cae sin cesar. Cierro los ojos despacio. El calor del caballo me reconforta y

nuestras temperaturas se igualan. La conciencia me abandona poco a poco y da paso a la oscuridad.

—Esa cama de paja es para los caballos.

La voz de Mugikura me despierta. Me incorporo y veo la sombra de un hombre apoyado en un bastón delante del box.

Echa un tronco grueso al fuego y se levanta una nube de chispas.

Me siento en el sofá del Club House envuelta con una manta y miro atenta las gradaciones de rojo y naranja que se suceden en el interior de la chimenea. No es un gran fuego, pero al menos me calienta.

—Si duermes ahí vas a morir.

Mugikura está sentado frente a mí. Me sonríe y retoma su partida solitaria de *shogi.* La pieza del caballo avanza en diagonal para anunciar *ōte*[12]*.*

—Cerca de un caballo puede llegar uno a jugarse la vida.

Cuando monto a Strada dejo mi vida en sus manos. En ese momento estoy cerca de la muerte. Es algo parecido al sentimiento de amar a alguien.

—El profeta Mahoma, Alejandro Magno, Gengis Kan, por supuesto, todos ellos tenían caballos a los que amaban. La historia de la humanidad es la historia del caballo. La humanidad y los caballos han avanzado juntos y se cuentan por millones todos lo que han muerto juntos.

Me fijo en la foto que hay a su espalda. Se le ve joven, monta un caballo marrón y salta un obstáculo. Recuerda a un retrato de Napoleón.

—Hace tiempo yo también… Me caí del caballo y mira cómo estoy ahora.

Se ríe amargamente y da unos golpecitos con el bastón a su pierna ortopédica.

—Era un caballo noble que nunca había dado problemas, pero aquel día, antes de montarlo, escuché su voz. Me dijo que no lo hiciese. Estoy convencido de que le oí y, a pesar de todo, lo monté.

Estaba ansioso por ganar y el resultado de aquello es que ahora tengo una pierna ortopédica. Fue el castigo de Oshira-sama.

Mugikura me cuenta que dentro de poco dejará el Club para mudarse al norte, al paraíso de los caballos en la tierra de la leyenda de Oshira-sama. Según cuentan, los animales que se retiran allí disfrutan de libertad el resto de sus días.

—La mayoría de los caballos mueren sin haber ganado nunca. A la mayor parte los sacrifican cuando ya no sirven para la competición, pero… Ese lugar es un paraíso donde algunos recalan en el último momento. También es el sitio adecuado para mí porque así podremos estar juntos hasta que me muera.

Mugikura habla con sus ojos velados fijos en el débil fuego.

Imagino a Strada galopando por extensas praderas cubiertas de nieve. Cuando llegue el momento, pienso, también yo iré a vivir con él en ese paraíso.

—Por cierto. Eso que te contó Shintani sobre Hans el Listo…

Mugikura vuelve a la tabla de *shogi* y murmura mientras piensa en la siguiente jugada.

—No quiso decir que los caballos sean estúpidos, ni mucho menos. Solo que tienen la capacidad de comunicarse sin usar palabras. Los seres humanos también tuvimos esa capacidad, pero la hemos perdido, y ahora nos cuesta mucho observar o desarrollar empatía.

Una vez decide el movimiento, agarra la ficha del caballo con los dedos torcidos y continúa:

—¿Qué es lo que quieres? Quieres que gane. ¿Para lograr qué?

Clac. Deja la ficha sobre el tablero.

—A un caballo le dan igual las palabras, le da lo mismo si una silla es de primera calidad o no, convertirse en un campeón.

Da media vuelta a la ficha y aparece el ideograma de oro.

—Tú crees que estáis conectados, ¿verdad? No tengo claro si eres tú quien lo cree o es el caballo quien te hace sentir así.

Me fijo en el ideograma pintado de rojo.

—Los caballos hacen soñar a la gente. Tú y yo somos personas poseídas por ese sueño.

Mugikura echa un vistazo al bolso hinchado y hace avanzar la ficha que se ha convertido en oro.

—Pero en algún momento terminaremos por despertar del sueño.

La partida entra en tablas. Se apoya con las dos manos en el bastón y se levanta.

—Si te preocupas por él… Quédate todo el tiempo que quieras.

Después de decirlo sale del Club House.

Cuando me quedo sola echo otro tronco en la chimenea para que el rescoldo no se apague. En el silencio de la sala resuena el agradable crepitar de la leña al quemarse. El fuego se anima e ilumina los viejos trofeos expuestos junto a la ventana.

Miro el fuego y echo un tronco tras otro. En algún momento he empezado a quemar también los fajos de billetes. Se retuercen con el calor y desaparecen.

¡Ah, el dinero!

Soy perfectamente consciente de lo que hago y, a pesar de todo, mi mano no se detiene. Echo al fuego un fajo tras otro. A medida que los devora las llamas alcanzan una altura considerable. Los números de diez mil quedan atrapados por ellas y en el intervalo de un segundo se transforman en una cosa negra. Escucho atenta el chisporroteo. Abro bien los ojos.

Miro fuera y veo el cielo blanquecino. De las brasas se eleva un humo blanco.

Abro cautelosa el bolso de cuero. En su interior hay montones de fajos de billetes intactos. Al parecer era un sueño.

Me invade una sensación de alivio sazonada de desesperación.

No puedo librarme de nada, después de todo. Del exterior llega un fuerte relincho. Me levanto. Salgo del Club House distraída y cuando me acerco al lugar de donde llegan los relinchos aparece Mugikura montado sobre el caballo negro envuelto por una espesa niebla.

Strada camina despacio por la pista bajo la niebla.

Es la primera que le veo montar. Es la primera vez que veo montar a alguien con dificultades para caminar y, a pesar de todo, lo hace con una naturalidad innata.

El portacontenedores, el carguero a granel y el gasero. Recorro el pasillo donde se exponen las reproducciones a escala.

Delante de mí tengo la espalda de Fujii, responsable del departamento de administración general. Es él quien guía lentamente. De su cuello sobresale una etiqueta rosa de la tintorería. Hago el ademán de quitársela, pero me detengo en cuanto siento una mirada desde atrás. Detrás de mí está el jefe del departamento de contabilidad. Ya falta poco para llegar a la sala de reuniones.

Nada más abrir la puerta veo sentados en un sofá al fondo al jefe del departamento de personal y a Ushio vestido con la ropa de trabajo. Se ponen en pie cuando entramos. Miro a Ushio. Está cabizbajo y evita cruzar su mirada con la mía. Me invitan a sentarme en el sofá. Fujii se sienta a mi lado y delante el jefe del departamento de contabilidad.

—Me gustaría que la señorita Setoguchi confirme estos documentos —dice.

Sobre la mesa de cristal deja el libro de caja y el de mayor con los asientos de todas las entradas y salidas de dinero del banco. Sentada en ese sofá de cuero que hace poco servía de cama para el sexo entre Fujii y Miu observo distraídamente los papeles. No consigo que mis ojos enfoquen como es debido y solo veo un borrón en el que letras y cifras resultan indistinguibles.

—Yukō-san, voy a grabar esta reunión por si fuera necesario. ¿Está usted de acuerdo?

Antes de darme tiempo siquiera de asentir enciende la grabadora que hay encima de la mesa. Señala los documentos con el dedo y me pregunta por cada uno de los conceptos anotados junto al importe correspondiente. De vez en cuando interviene el jefe de contabilidad para aclarar determinados aspectos. Ya han debido

hablar entre ellos porque ninguno utiliza contra mí un tono acusatorio. Plantean las preguntas en un tono de voz calmado, como el que se usa para domar a un caballo. La mayor parte de las cuestiones que plantean son sencillas de responder y me basta una inclinación de la cabeza hacia adelante en sentido afirmativo o unos movimientos a los lados en sentido negativo.

El jefe del departamento de personal susurra algo y Ushio le responde también en voz baja: «No me he dado cuenta». Además de su voz, percibo también un desagradable olor, mezcla de aceite usado y sudor.

—Es una enorme decepción, señorita Setoguchi —sentencia Fujii en un tono indiferente tan pronto como terminan las preguntas.

Al hacer números me doy cuenta de que la cantidad que he tomado prestada alcanza la suma de cien millones de yenes. No tengo una noción real de lo que significa esa cantidad y no salgo de mi asombro.

—Yo confiaba mucho en usted —continúa Fujii—. ¿Por qué ha hecho esto?

¿Qué veían en mí estos hombres? ¿En qué confiaban exactamente? Me dejan fría esas palabras sin alma tan habituales en ellos que solo son forma, nada más.

—¡Escúchame! No puedes quedarte callada. ¡Si sigues así no vamos a entender nada!

Los gritos del jefe del departamento de personal me llegan desde atrás. Se ve que ha perdido la paciencia y termina por levantar la voz. Parece como si le hubieran dado cuerda.

—¿Eres consciente de lo que has hecho? ¿Te das cuenta de la cantidad que has robado?

Sentado a mi lado, Fujii suspira como si representase un papel. Apoya su mano huesuda encima del sofá de cuero agrietado. Me pregunto si Miu le habrá hablado del vídeo, si se habrán reído de mí al tenerme por una ladrona.

—Lo devolveré todo.

Tengo la impresión de estrujarme para ser capaz de sacar la voz del cuerpo. Me doy cuenta de que todos contienen la respiración cuando escuchan mi voz por primera vez. Dirigen hacia mí sus miradas suspicaces, como si fuera un animal al que acechan mientras esperan lo siguiente que vaya a decir. Pero de mi garganta no vuelve a brotar ninguna palabra nueva y tras un silencio, conscientes ahora de que tengo la capacidad del habla, me preguntan: «¿Por qué has robado ese dinero? ¿Cuándo empezaste a hacerlo? ¿En qué te lo has gastado? ¿Era para un hombre? ¿Para las apuestas?».

—Caballo…

—¿Qué? —interviene Fujii con un gesto de extrañeza, como si esa palabra hubiera sido una ilusión.

—¿Qué significa eso? ¿Te lo has gastado en las carreras de caballos?

Me esfuerzo por arrancar la voz de la garganta seca.

—No, es mi caballo.

—¿Un caballo?

Las risas burlonas de los hombres resuenan por toda la sala. Ushio está detrás de mí. ¿Con qué gesto me estará mirando?

—Un caballo… —repite el jefe de contabilidad sin saber qué otra cosa decir.

Como si tratase de buscar una respuesta empieza a hojear los documentos que tiene delante.

—Explícate bien, Yūko-san. Si no lo haces, no vamos a poder ayudarte —dice Fujii interpretando ahora el papel de poli bueno—. ¿En qué te has gastado exactamente el dinero?

¿Qué es lo que he obtenido yo gracias a ese dinero? Si llego a ponerlo en palabras, ¿acaso podré convencer a esos hombres que me rodean? «La mayor parte de las cosas de este mundo no se pueden expresar con palabras». Escucho en el interior de la cabeza las palabras de Mugikura y veo la imagen de un caballo negro galopando por una pradera.

—Sabe girar justo antes de que yo misma llegue a pensarlo —digo en un tono de voz grave—. Si estoy enferma también él deja de comer. Si estoy deprimida él siempre me apoya e incluso viene a verme en sueños. Cuando me mira con esos ojos suyos me domina una profunda nostalgia.

Lo que se refleja en esas pupilas negras soy yo cuando vivía en un mundo de hace mucho tiempo. Un yo feliz, un yo anterior a esta que soy en la actualidad.

—Nunca me ha gustado cantar, pero cuando estoy con él no puedo dejar de hacerlo, me río, hablo mucho.

La felicidad que disfruto cuando estoy con él tiene también algo de tristeza, pero es un sentimiento que me hace sentir realmente viva.

Hago un gran esfuerzo para hablar con unos hombres con los que soy incapaz de entenderme. Cada nueva palabra que brota de mí aumenta la impresión de romper cosas importantes que había logrado crear con él. He aguantado hasta la desesperación, pero la rabia me vence y logra que las lágrimas broten de mis ojos.

—No entiendo por qué lloras. Soy yo quien tiene ganas de hacerlo.

El jefe de personal se ha quedado boquiabierto ante una mujer que le habla de cosas que para él solo son extravagancias. El jefe de contabilidad, por su parte, no deja de buscar una respuesta en los documentos.

—Como explicación no sirve de nada. No vas a convencer a nadie con esa historia de haber gastado semejante cantidad de dinero en un caballo.

La voz de Fujii, pausada hasta hace tan solo un momento, suena áspera ahora. La irritación provoca reacciones incomprensibles. Son las mismas actitudes y reacciones que veo a diario en el móvil, una forma de actuar de personas que asumen su normalidad, su corrección.

—Ya que no logramos entendernos… dejaremos este asunto en manos de la policía.

La palabra «policía» provoca que las fuerzas me abandonen. Me tiemblan las rodillas, se me entrecorta la respiración, veo la imagen de Strada tumbado en el suelo, débil. Una vez más hago un enorme esfuerzo por sacar la voz del cuerpo.

—Está herido… Tal vez no vuelva a correr ni a saltar. Debe de ser terrible para él. Yo soy la única capaz de ayudarle.

Si desaparezco ¿qué clase de vida llevará? ¿Cuánto tardará en olvidarme?

—Él… Me está esperando.

Mientras pronuncio esas palabras como si las expulsase de mí, me da un fuerte retortijón en el estómago y se me llena la boca de saliva ácida. Me la tapo con la mano y los hombres se echan hacia atrás abriendo el círculo que han formado en torno a mí. Con la mano derecha en la boca abro la puerta de la sala y entro precipitadamente en el baño de enfrente.

Me arrodillo en los azulejos sucios, vomito agarrada con las dos manos al inodoro amarillento. No he probado bocado desde ayer, tengo el estómago vacío y tan solo regurgito una saliva del color de la leche.

Me limpio los restos de saliva sin dejar de llorar y siento la brisa marina que se cuela por la ventana del baño ligeramente abierta.

Pa ca, po co…

El sonido del viento me recuerda la melodía.

Pa ca, po co, pa…

Canturreo. Noto el olor de la paja seca mezclado con el de la leche. Arrastrado por el viento me llega el ruido de los cascos al golpear el suelo.

Me incorporo y salgo del baño.

Pa ca, pa, pa ca, pa, po co, po, po co, po…

El portacontenedores, el carguero a granel, el gasero. Recorro el extenso pasillo enmoquetado con pasos inestables.

—¡Yūko-san!

A mi espalda oigo cómo se abre la puerta de la sala de reuniones desde donde me llama Fujii. Los pasos de los hombres que me

siguen resuenan en el pasillo. El golpeteo del calzado de seguridad sobre la moqueta resulta extraño. De pronto, la frecuencia del sonido cambia y oigo un fuerte golpe. Me doy media vuelta y veo a Ushio tumbado en el suelo. Los pedazos de una de las maquetas están esparcidos por el suelo. No sé si ha intentado facilitarme la huida o simplemente se ha caído. Sea como sea, su imagen retorciéndose en el suelo entre los trozos de la maqueta destrozada resulta ridícula y casi no puedo reprimir las ganas de reírme.

—¿Por qué no hablamos?

Fujii me sigue y pisa los trozos esparcidos por el suelo.

—Si hablamos seguro que llegaremos a un entendimiento —grita ahora en el papel de poli malo.

«¿Hablar? ¿De qué tengo que hablar yo con vosotros?». La situación resulta cómica y ahora sí que ya no puedo contener la risa por más tiempo.

Pa ca, pa ca, po co, po co.

Con las comisuras de los labios bien elevadas le doy la espalda y echo a correr. Salgo por la salida de emergencia situada al fondo. La grúa gigante del puerto mueve su cuello elegantemente bajo un cielo azul. Sopla una agradable brisa.

Pa ca, pa ca, po co, po co.

Corro por la calle recta que conduce al astillero.

Las sirenas de los barcos suenan como si fueran trompas, como si su sonido me empujase por la espalda. Sus notas se superponen al chirrido del corte de las planchas de acero como si hiciera las veces de los violines y el golpeteo contra el suelo de los zapatos de seguridad como si marcase el ritmo de los timbales. El viento que sopla entre los edificios de los talleres hace las veces de coro.

Pa ca, pa ca, po co, po co, du, di, ta, ta.

Me apresuro hasta el aparcamiento de motos y bicicletas protegido por un tejado oxidado y oigo una fuerte respiración nasal. Más allá de las bicis y de las motos aparcadas está Strada.

«¿Has venido a buscarme?».

Me acerco deprisa y él agacha la cabeza para verme mejor.

«Escaparemos juntos», me dicen sus pupilas negras.

Me agarro a la silla de cuero de tacto suave y monto de un salto. Sale al trote de inmediato. Estoy a punto de perder el equilibrio. Sujeto con fuerza las riendas.

Pa ca, pa ca, po co, po co.

Galopa. Está galopando.

En apenas un segundo ha pasado del trote al galope. Sale del aparcamiento, corre entre los talleres, pasa frente a un grupo de hombres apretujados en la zona de fumadores y, sin hacer caso de los avisos de los vigilantes de seguridad, sale del recinto del astillero.

Avanzamos por la sinuosa carretera de costa cuando oigo detrás de mí las sirenas de la policía. Galopa todavía más rápido para escapar de las sirenas.

Pa ca, pa ca, po co, po co.

Canturreo y noto cómo recupero las fuerzas. Los latidos de mi corazón se superponen a los suyos hasta marcar un mismo ritmo.

«Vamos». Me levanto sobre la silla, aflojo las riendas y noto cómo se tensan sus músculos. Sale a galope tendido. Una tienda de bricolaje vacía, un supermercado, dos restaurantes de franquicia de comida occidental y japonesa, uno al lado del otro. El paisaje de costumbre de la carretera pasa frente a mis ojos y sin dejar de galopar me despido de todo cuanto veo. Adiós.

—¡Eeeh!

Una voz estridente me llama.

Miro a un lado y veo el camión para transporte de caballos del Club Hípico Mugikura. Conduce él. Me sonríe mostrando sus dientes dorados.

—Os deseo que seáis muy felices.

Sacudo la mano y giro a la derecha en el cruce de la oficina de préstamos rápidos y el *convini* con el cartel azul claro. Avanzamos al galope entre los campos. Recién inundados antes de sembrar el arroz, reflejan como espejos el cielo azul. Tengo la impresión de que Oshira-sama corre también por los cielos.

Pa ca, pa, po co, po.

Acompaso mi respiración a la de Strada. Me desborda el amor.

¿Acaso puede existir una felicidad mayor?

Pa ca, po co, pa ca, po co.

Me gustaría componer una canción inspirada por este sentimiento que me invade para poder cantársela a alguien. Usaré las palabras que tanto detesto para contar un cuento como el de Oshira-sama. «Hablaré de cuando te conocí, de los sueños extraños, de cuando habitabas dentro de mí y yo dentro de ti».

Pa ca, pa, pa ca, pa po co, po, po co, po.

Canto.

Strada relincha como si me respondiese, como si gritase que podemos ir donde queramos.

Entro atropelladamente en la cuadra del Club Hípico Mugikura.

Strada está en el box situado al fondo. Me doy media vuelta y veo mi escúter rojo tirado en la entrada.

Strada mastica distraído el forraje en la penumbra del box. Meto la mano entre la paja seca amontonada bajo sus patas para buscar el bolso de cuero que había escondido allí. Con ese dinero podrá vivir en el paraíso de los caballos. No lo encuentro. Desesperada, aparto la paja y aparece un billete de diez mil yenes roto. Oigo cómo respira y mastica. Me fijo en su boca. Son fajos de billetes.

Me arrodillo y trato de juntar todos los billetes de diez yenes que encuentro entre la paja, pero están todos mordidos, destrozados.

—¿Por qué, Strada?

No contesta a mi pregunta y agarra con la boca el bolso de cuero negro que sujetaba con la pata y sale del box.

—¡Ese dinero es para ti!

Mientras camina caen uno tras otro los fajos de billetes llenos de babas. El bolso está rajado por la mitad.

Recojo tantos fajos como puedo y al salir de la cuadra veo el cielo teñido de naranja, del mismo color que la caja de esa tienda de lujo. Continúa caminando bajo ese cielo.

—¡Strada!

Le llamo, pero no se detiene.

Le sigo sin dejar de jadear y noto cómo se me eleva la comisura de los labios.

¡Qué absurdo!

Me río, noto cómo recupero la fuerza.

Él lo entiende todo.

No hace falta dinero.

Basta con estar juntos.

Los demás caballos nos miran y relinchan con todas sus fuerzas como si confirmasen mis sentimientos. Animada por ellos, extiendo la mano para agarrarle del cabezal.

—Strada. Huiremos juntos.

Agitadas por una repentina ráfaga de viento sus crines se alborotan.

En ese mismo instante mi cuerpo se arquea tras recibir un impacto como si me hubiera atropellado un coche.

En un extremo de mi campo de visión veo difuminarse los billetes de diez mil yenes. Strada me ha dado una coz. Tiene la mirada torva. El mundo entero se ha dado la media vuelta y yo he aterrizado boca arriba sobre la pista.

Pa ca, pa, po co, po…

Abro los ojos sin dejar de canturrear.

Más allá de mi visión borrosa se extiende el cielo naranja completamente despejado. Oigo a lo lejos sirenas de coches de policía.

Debería huir. Apoyo las manos en el suelo, levanto mi cuerpo cubierto de barro y heces. Estoy entumecida. Tengo la impresión de que este cuerpo no me pertenece. Ya no noto el olor de la paja seca ni el de la leche. Todo cuanto siento es un ardor, como si se me hubiera quemado la nariz. Resuena en mis oídos un chirrido, como el de las planchas de acero al ser cortadas. Desde el fondo de las fosas nasales brota un líquido templado que inunda la garganta con su sabor a hierro.

Me toco la nariz con suma cautela. Tiene un tacto pegajoso y comprendo que el hueso está completamente doblado a la izquierda.

Strada me mira con gesto tranquilo, como si no hubiera pasado nada. También yo le miro. Sangro profusamente por la nariz.

No aparta de mí sus pupilas azabaches de cristal. Me fijo bien para buscar mi imagen reflejada en ellas, pero por mucho que me esfuerzo no la encuentro.

Las sirenas suenan ahora más cerca. Los rotativos rojos iluminan sus ojos y los míos.

Allí solo hay un caballo. Es un hecho incontestable.

---

12. Jaque mate.

Título original: *Watashi no uma*

Edición en formato digital: septiembre de 2026

Watashi no uma © 2024 Genki Kawamura. All rights reserved.
Publication rights for this Spanish edition arranged through Kodansha Ltd., Tokyo.



© de la traducción: Yoko Ogihara y Fernando Cordobés, 2026
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 979-13-7009-301-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Table of Contents

I
II
III
Créditos